

MARTÍN SMUD

PANDEMONIO

en el planeta del *Homo Selfie*



Letra
Viva

© 2020, Letra Viva, Librería y Editorial
Av. Coronel Díaz 1837, (1425) Buenos Aires, Argentina
letraviva.ed@gmail.com / www.imagoagenda.com

© 2020, Martín Smud
martinhsnud@gmail.com

Dirección editorial: Leandro Salgado
Imagen de tapa: Antonio Fernández

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en la Argentina — *Printed in Argentina*

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo las sanciones que marcan las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra bajo cualquier método de impresión incluidos la reprografía, la fotocopia y el tratamiento digital, sin previa autorización escrita del titular del copyright.

Martín Smud

PANDEMONIO

El planeta del *Homo Selfie*

CON LA COLABORACIÓN DE

Marcelo Rudaeff (Rudy)

Vicente Zito Lema

Vanina Muraro

Antonio Fernández

Norberto Iera

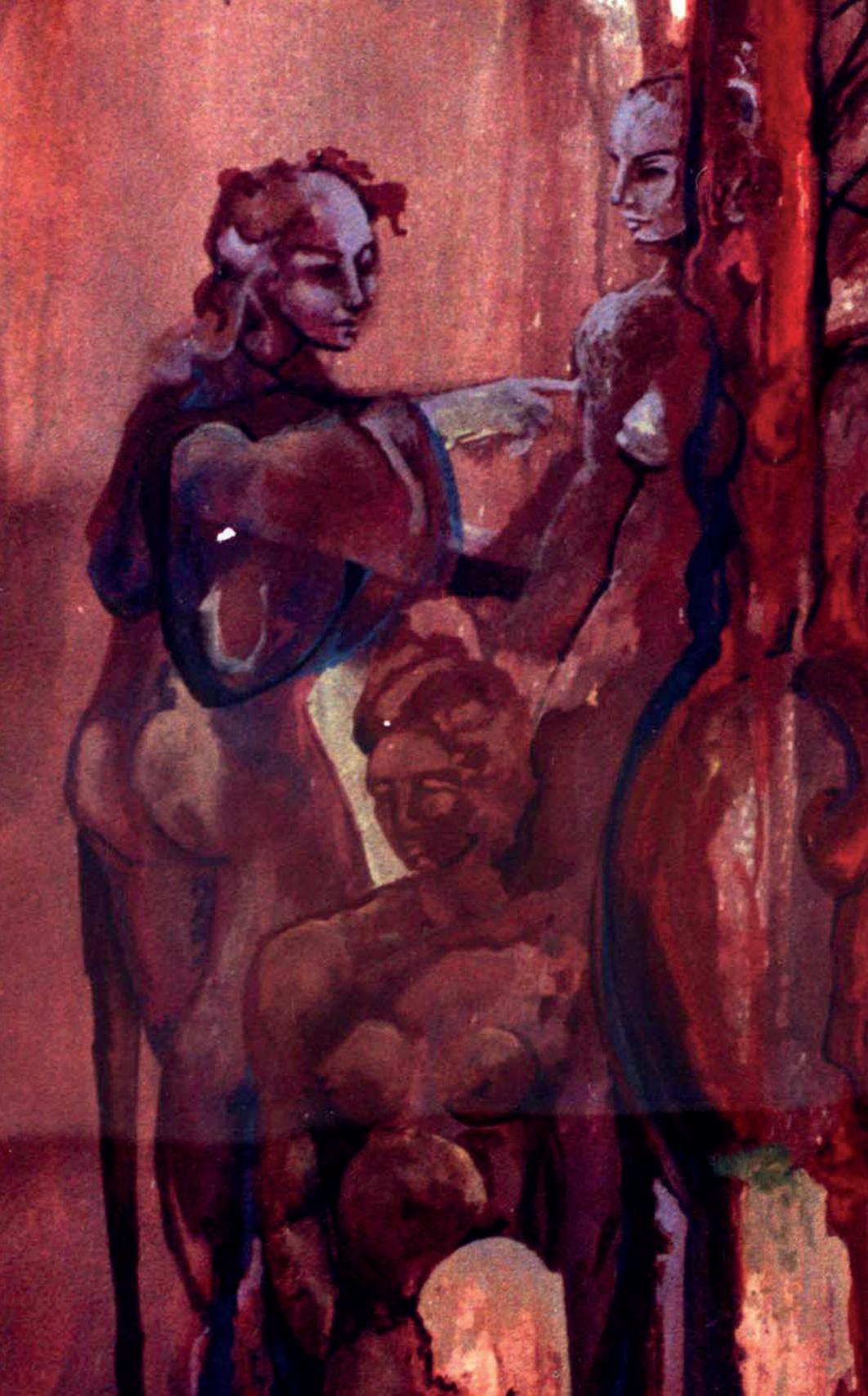
INTERLOCUCIONES:

Horacio González, José Pablo Feinmann, Jorge Alemán,

Ignacio Lewkowicz, Juan Jorge Michel Fariña,

Giorgio Agamben, Byung Chul Han, Jean Allouch

**Letra
Viva**



Índice

Introducción	7
La explosión del termómetro	16
El planeta vuelto uno	23
El alumbramiento del planeta	28
Las restricciones de movilidad ¿son un estado de excepción sanitaria?	35
Los aterrados de la pandemia	47
Con la obligación de ¡cúdate!.	55
Las fluctuaciones del maníaco depresivo.	59
Así, así, así, así te quedarás.	64
No seguir adelante con los injertos	68
Mano a mano (Charla final con el Covid).	71
Acerca del autor	79



Introducción

Apenas sacamos el libro *Homo Selfie*¹ en diciembre del 2019, ni bien salió de imprenta se convirtió en un texto al que le faltaba algo: le faltaba calle. No había más librerías dónde venderlo, ni era posible realizar presentaciones, ni llevártelo a tu casa. La pandemia 2020 lo descolocó. Faltaba un capítulo y no era sólo que “lxs seres humanos y las ciencias sociales siempre escapamos a las definiciones”, se trataba del efecto de la “aterración”.

Hoy, este texto, lo suplementa. Descubriremos esa nueva faz del planeta que nació ayer, hace un mes, hace tres meses. No está escrito por la pandemia aunque sí durante el tiempo del Covid, no acentúa la potencia del virus sino lo que produjo: el comienzo de una nueva época, el “principio del retrasado” siglo XXI, el alumbramiento del planeta entre las ruinas de la tierra.

Quién le guste pintar, ¡que pinte!, quién le guste escribir, ¡que escriba!, a quién le guste el arte y le guste pensar tiene acá un lugar. Dejar estampado lo que sentimos, con la fuerza y las oscilaciones de estas épocas. No queremos ser intelectuales o artistas reconocidos sino saber dónde estamos parados, dónde hemos quedado detenidos con restricción de movilidad, ¡y cómo será el lugar dónde viviremos!

1. Smud, Martín: *Homo Selfie*, con la participación de Marcelo Rudaeff (Rudy), (2019), Buenos Aires, edit. Letra Viva.

Ha nacido el siglo XXI, con restricciones de subsistencia para muchos y restricciones de movimiento para la mayoría, con contradicciones en cada uno de los dedos, que acarician la velocidad del “tiempo real” y entran a las pantallas y al Pandemonio. Se escuchan tantas voces al mismo tiempo, un exceso de bullicio, de información. El lugar donde se reencuentran “todes les demones” y hablan a la vez, tan ensordecedor como esclarecedor.

Cumpliremos con las obligaciones de cambiarnos el barbijo pero ni aun así, volveremos inactivo lo que ocurre con la verdadera viralización, se eligen presidentes por *fake news*, se hace justicia por *lawfare*, se consiguen parejas por *stalkeo*. Nos inquieta lo incierto del futuro, nos desvela nuestro destino. Las preguntas conducen a respuestas, temo que no sean abiertas, la claridad pasmosa de estos tiempos lo requieren.

Compartir algunos pensamientos, fotografías, dibujos, poemas se vuelve necesario, tener proyectos en común, atravesar esas celdas que cada uno/a tiene destinado/a en la video conferencia de nuestro confinamiento, la distancia que no se puede recorrer porque ya estás ahí. La tierra con restricción de movilidad en un planeta con movimientos infinitos. La paradoja. Nos quedamos sin tiempo ni espacio, una mano al rozar la pantalla postea ansiedades, pesadillas, necesidades, amores, tu forma de intentar ser feliz.

No resaltaremos eso minúsculo, el rústico virus venido de las entrañas de un murciélago, pasando por un animal de feria, nos recuerda que deseamos ser más que un complejo aparato inmunológico y nervioso que vive en un sistema económico que nos fagocita machacándonos nuestras dificultades para respirar.

Tampoco acentuaremos los debates acerca de las consecuencias de la pandemia en la economía mundial. No creemos que

por allí se produzcan grandes cambios sino se acompaña con la lucha y la solidaridad de las mayorías que hoy sólo observan el quiebre del mundo. Por un lado, la necesidad de los estados de organizar el rescate de la mitad de la población que se encuentra en los límites de la subsistencia, por otro, la inmensa mayoría siendo observados, en la celda del confinamiento, un panóptico que ni Bentham hubiera imaginado, con restricción de movilidad en la tierra pero abierto al espacio del planeta que nos homogeneiza, nos vuelve uno.

Nos interesa enfatizar los excesos de una pulsión oscilante, que se detiene y avanza atolondrada, que putea su bajón narcotizada de series interminables y un rato después no tiene tiempo y corre para hacer todo lo que tenía programado. Ya sostuvimos que generaban tres clases de trastornos y patologías: una extendida debilidad mental “leve”, problemas adictivos a diferentes objetos y problemáticas de salud llamadas en la actualidad psicósomáticas, con lo oncológico como punta de lanza.

Hoy agregamos ese punto de fuga, los demonios liberados cazando personas con morbilidades preexistentes, esa oscilación cíclica produce una dialectica ondulatoria. La aterración y el descubrimiento de una nueva forma caracteropática nos descolocó: los maníacos-depresivos dominarán el planeta como los dinosaurios lo hicieron en su momento.

Queremos conocer cómo es el nuevo ser, describir su cara, su forma de actuar, descubrir sus primeros pasos. No lo seguimos con la urgencia y diligencia de padres y madres sino con la desesperación de ser llevados tambaleantes, subiendo y bajando como montaña rusa, apurados y un rato después sin ganas, queriéndonos bajar en la próxima parada.

Los puntos y fugas del “maníaco depresivo”. Abrimos la interlocución. Horacio González² coincide en que este nuevo ser tendrá grandes fluctuaciones del ánimo y que el problema estará a la altura del cuerpo propio y sobre todo del cuerpo del otro. ¿Cómo llegar a ese cuerpo cuando algunos no tienen los medios y otros tienen restricción de movilidad?

Jean Allouch³ agregaría la vinculación con las dificultades de la erótica del duelo. Así como negó que el texto de Freud sobre el trabajo del duelo se dedique al duelo sino a la melancolía, en épocas de quiebres, el duelo, la condición que posibilita separarse del otro para afirmarse en acto queda dificultada y así seguiremos dando vueltas interminables en la manía y en la depresión, en lo interminable.

Michel Fariña⁴ reflexionando acerca de la nueva condición ética entre cuerpo, ciencia y cybertecnología, nos invitaría al visionado de una distopía. Que nos abran los ojos, no se trata de la tecnología sino de un deseo novedoso: lo transhumano. Como aparece en la serie “Years and Years”, el sueño de convertirnos en un dato que sobreviva en la red, una identidad virtual cuyo sepelio sea imposible porque ha alcanzado la viralización inmortal.

Agamben⁵ nos advertiría sobre las consecuencias del aislamiento y del confinamiento. Y hablaría de que, como en todo momento inaugural, se están contruyendo narraciones originales. En ellas, lo novedoso, es el topos del “no lugar”. En la antigüedad,

2. González Horacio: Nota aparecida en *Página12* el día 23 de abril de 2020, en <https://www.pagina12.com.ar/261547-antigona>.

3. Allouch Jean: *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*, 1996, edit. Edelp.

4. Michel Fariña, Juan Jorge: “La lejanía infinita de la muerte” en página *La Cueva de Chauvet*, en <https://lacuevadechauvet.com/la-lejania-infinita-la-muertel/>.

5. Agamben, Giorgio: *Homo sacer. El poder soberano y la vida desnuda*, 2016, Edit. Adriana Hidalgo.

el no lugar era el destierro, ahora todos y todas somos refugiados de la tierra, nos encontramos en centros de confinamiento.

Este autor, como tantos y tantas, quedó desubicado con esta pandemia, pues sus teorías del estado de excepción, con la evidencia del avance de diversos totalitarismo, parecían encajar muy bien con el estado de excepción sanitaria pero muchos autores entre los que se destacan Jorge Alemán resaltan que no deberían confundirse. El “no lugar” y la economía política del sistema es un debate apasionante.

Vicente Zito Lema escribiría una poesía tan desgarradora como bella.⁶



6. Zito Lema, Vicente: “Cantos de la ciudad” en *Cantos oscuros, días crueles*, edit. La Cebra, Buenos Aires, 2019.

Pero todes coincidiendo que la vida cotidiana es una ente-lequia, es la producción de la novedad, del acontecimiento. Bienvenidos al siglo XXI, entremos por esta puerta que no es sino la boca del Pandemonio.



Ya los costos de muertos están contabilizados por el balance de los poderes económicos, financieros y simbólicos. Quizás lo que podamos hacer es resistir cada uno cómo sabe, poniendo en el centro la posibilidad de pensar, deseos que se concretan

con tu presencia que nos abraza, en una lectura apasionada y ahora sí cuidadosa de “lo más hondo, el del abrazo y la visita a nuestros muertos, esto es, el tema de las grandes leyendas de la humanidad...”. (Horacio González)

Queremos agradecer encuentros virtuales pero reales entre varias personas que venimos trabajando juntos desde hace tiempo. *Rudy*, de quién no nos cansamos de elogiar su potencia creativa, humor y constancia de producción, su militancia para que esta época no se lleve todo puesto. *Vanina Muraro*, quién ha agregado color a sus hermosos dibujos como sabiendo que el libro tendrá matices y movimientos que resplandecerán no queriéndose quedar quietos. No podemos quedarnos con las manos atadas a nuestra ansiedad, necesitamos al arte, la manifestación de la pasión. Y está acá *Antonio Fernández*, quién nos acompaña con sus fotos (desde hace muchos libros, muchos años) que no muestran sino que atraviesan mundos. *Norberto Iera*, con su incansable peregrinaje de pinturas entre Alemania, Italia y Argentina, retrata inigualable el concierto de los demonios en el pandemonio. Y *Vicente Zito Lema*, su forma de ser convoca a los espíritus más desaforados y poéticos y, al escucharlos, cuentan la complejidad y apasionamiento de nuestra historia.

Necesitamos que nuestros esfuerzos, la capacidad de nuestra inteligencia retumbe, se viralice, ¡dejen un rato el celular!, vengan a jugar con nosotrxs, tenemos ganas de que algo pase, nuestra naturaleza colaborativa, la utopía de lo que creamos y soñamos tiene la fuerza, el impulso de llegar a vos.

Escribiremos en tu pared, hasta que sin querer la toques y te lleves una mano a la boca, a la nariz, a los ojos, y ésa será nuestra oportunidad, la puerta de entrada, el antídoto, la única vacuna que encontramos para estos tiempos que están acá.

Martín Smud, Mayo 2020





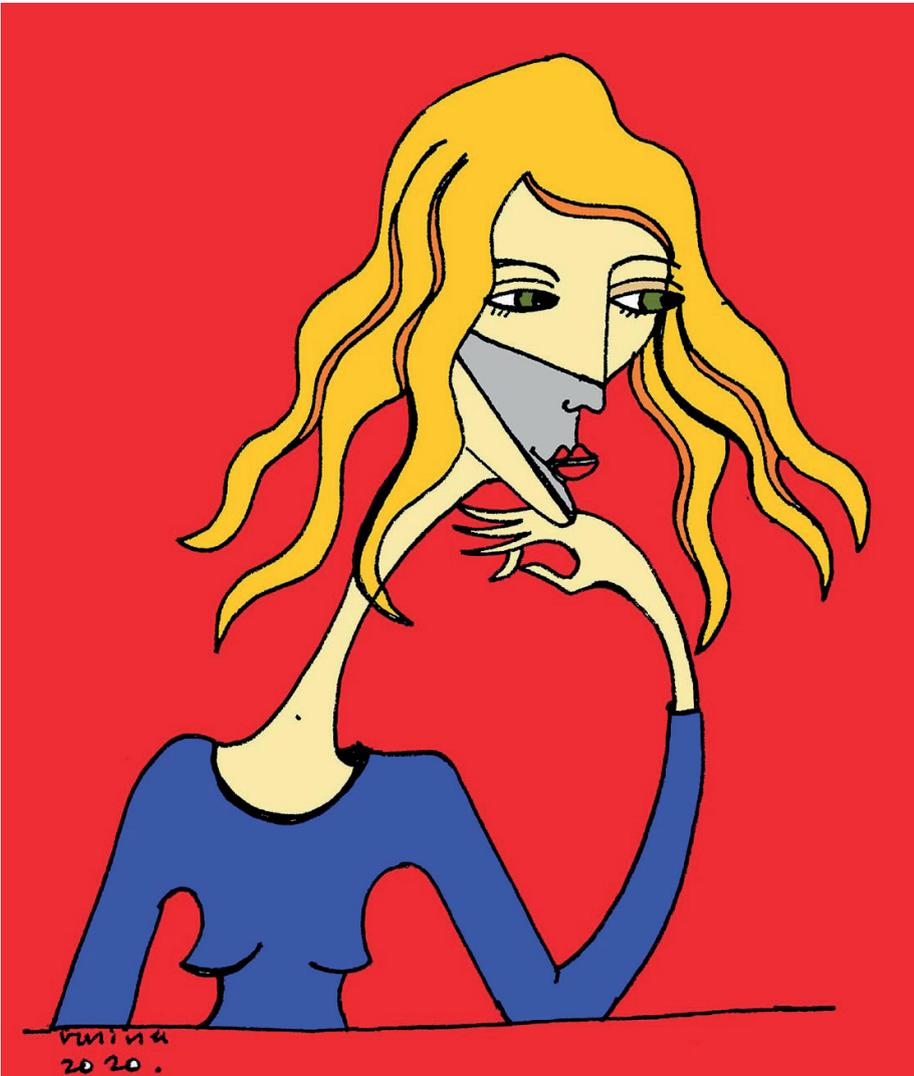
La explosión del termómetro

Con la cara cubierta de hule
Y un motor pa que el aire circule
En el pecho cuarenta bufandas
Y pa más protección, la escafandra
En las manos tres pares de guantes
Por encima, manoplas gigantes
En la frente un termómetro chino
Que le avisa si hay fiebre al vecino

(Rudy, Tapado)

El termómetro se volvió un elemento significativo de nuestra cotidianeidad, en nuestro botiquín, en nuestra mesa de luz, con miedo nos tomamos la temperatura porque la lectura de sus resultados nos acecha. Se trata del miedo a caer. De un concepto a lo real. Sí, tan duro como eso. Estaremos, si marca por encima de los 38 grados (y otros síntomas) en las puertas de algo diferente a un problema; la incertidumbre del porvenir y un ligero ahogo que no logramos distinguir si es de angustia o un signo del avance de ese enemigo invisible. Recordaremos el cuento “La casa tomada” de Cortázar, no había aviso previo cuando ya el cuarto había que clausurarlo, así uno y otro, con incertidumbre, cada vez más, la vida cotidiana, ¿que pasará?, hasta quedarse en un solo espacio, en el enclaustramiento de tener cada vez menos aire para respirar.





Ignacio Lewkowicz¹ sostiene que la palabra catástrofe hace un tiempo circula copiosa, grandilocuente, ¡demasiada! entre nosotros. Se están cumpliendo más de quince

1. Lewkowicz, I: Catástrofe, experiencia de una nominación. En *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*, edit. Paidós, Buenos Aires, 2004.

años de su trágica muerte. No podrían haber sido más proféticas sus palabras, lo que demuestra que esta época de pandemia ya se venía construyendo desde hace, al menos, dos décadas aunque sí podemos aseverar que estamos viviendo el momento histórico de su alumbramiento.



Ha nacido una nueva época. El covid 19 es la mostración, el emergente. Un nuevo tiempo histórico de la humanidad. No dejaremos de hablar de esto, por mucho tiempo, en el futuro, para siempre. Muchos estudiosos sostienen que, si el siglo XX terminó antes de tiempo, en el año 1989, con la caída del muro de Berlín; el comienzo del siglo XXI se fecha en este año, 2020, ahora. Sabemos que los acontecimientos históricos no siguen la dura rutina de los almanaques. Ha nacido hoy, hace un mes, hace tres meses. Somos protagonistas de un hecho histórico, emocionante, que nos “atterra” como todo alumbramiento.



Los argentinos y argentinas, tomamos el hecho de una manera singular, pareciera que estamos más preparados que el resto del mundo. ¿Por qué? Hace décadas y décadas, venimos repitiendo “es la peor crisis de nuestra historia, es la peor crisis que vivimos hasta ahora, tocamos fondo, estamos frente al precipicio”. La idiosincrasia argentina parece estar habituada a la catástrofe. Es como si tuviéramos un “crisómetro”, se divierte Ignacio Lewkowicz creando neologismos de nuestra historia. Siempre llevamos en algún lugar escondido, un termómetro, y con eso le tomamos la temperatura a las crisis, y ¿si se estuviera acercando a los 42...? Catástrofe, la catástrofe siempre espera en el fondo de la angustia de lo humano pero ahora ¡acá está!



No era como la habíamos pensado, es cierto que cambia toda la normal normalidad de la rutina cotidiana pero rápido la ubicamos en la serie de una crisis más y ya la podemos comparar. Pero antes de semejante vuelta al inexorable sentido común no podemos evitar sentir que estalló el termómetro. La viralización del planeta, la aterración, las restricciones a la movilidad de los cuerpos, lo hizo saltar. Explotó. El alumbramiento de algo nuevo, no quiere decir que sea algo justo y bello, tiene la importancia de ser lo que está aconteciendo, y el descaro de ponernos a todos en fila, enclaustrados en nuestras cuatro paredes (o lo que tengamos).



Recuerdo cuando era chico, un día no quería ir a la escuela y decidí hacerme pasar por afiebrado, no tuve mejor idea que poner el termómetro cerca de una hornalla y saltó por los aires, el mercurio se desparramó por el piso de la cocina para nunca más volver. Nuestra tierra ha saltado por los aires, y ha nacido una nueva época que veremos cómo la llamamos, yo ya le puse nombre, creo que hay que ponérselo como a todo recién nacido, la era del *Homo Selfie*.



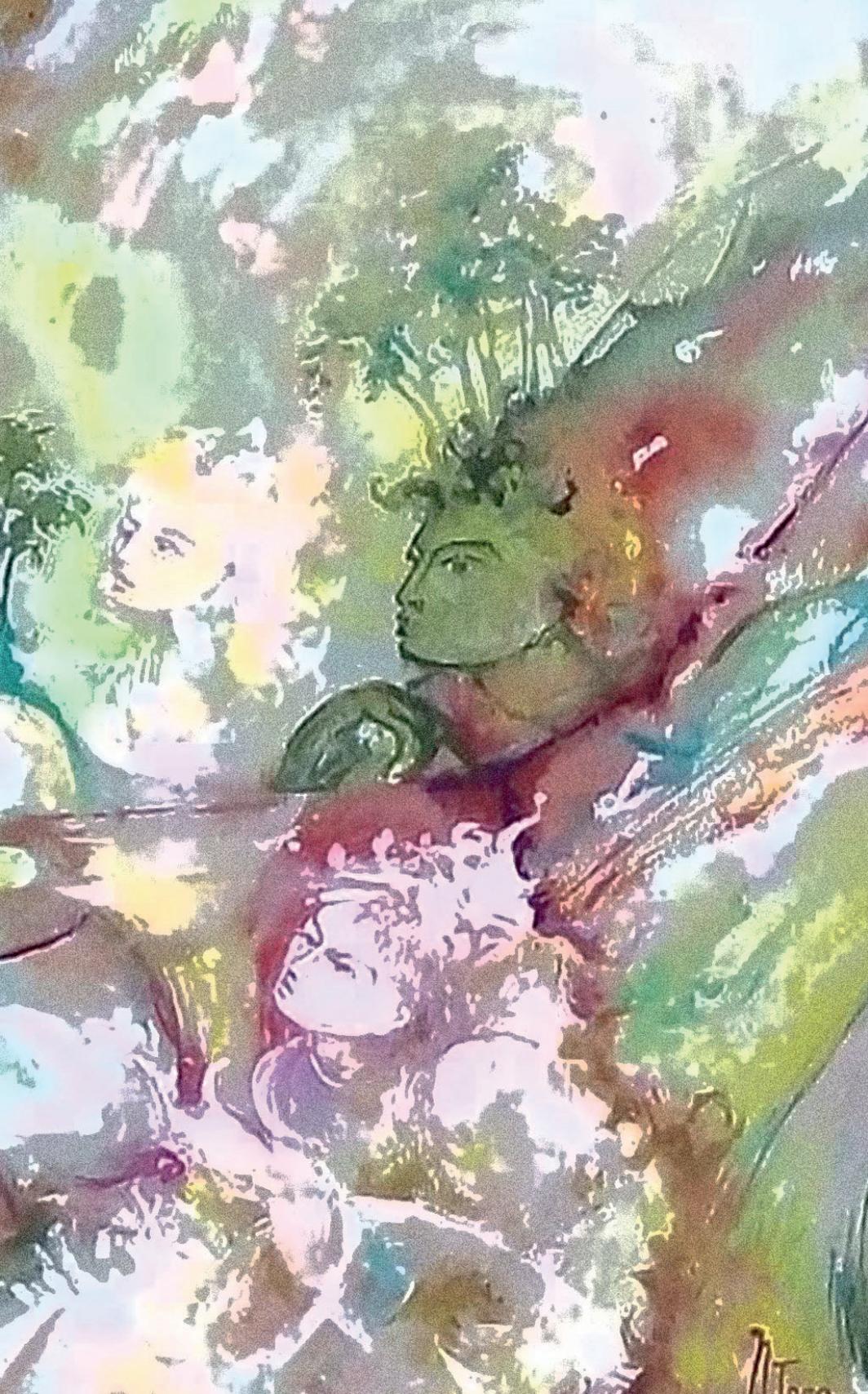
Nos restringe el movimiento de los cuerpos en la tierra y nos facilita el movimiento de la identidad virtual por el planeta. Nuestro celular nos abre la experiencia del infinito en nuestro cuarto cortazeano al que no se puede entrar ni salir, confinamiento en defensa propia, por el “estado de excepción” sanitaria, agrega Agamben.



La noción de catástrofe es un concepto al que apelamos en un montón de circunstancias, para tragedias humanas, tragedias naturales, tragedias económicas, es un concepto “agarramos”. Si, cuando estamos en el medio de un gran problema gritamos ¡socorro! y conceptualizamos ¡catástrofe!, se trata de la manera en que nos agarramos a la situación. Hasta ahí llegamos, un concepto que convoca, como decía Nacho Lewkowicz un concepto que “inicia un pasaje”, ¿hacia dónde? A otras dimensiones de la experiencia. Las llamaba “palabras-umbral”.



Cuando “catástrofe”, rápido pensamos en los cuerpos que viven, sudan, sufren y mueren. Es la “propia ruina categorial”, no nos podemos quedar en las dimensiones de análisis y vamos



al encuentro pero lo “real” nos choca antes que nosotros lo encontremos. La historia de la humanidad se suele contar por una secuencia de catástrofes. Un “concepto-límite” que produce una detención en la espiral dialéctica, por un lado congela la comprensión, detiene una investigación pero por otro lado, comienza un relato, esto pasó así.



Los conceptos hermanos de traumatismo y acontecimiento le tienen un poco de envidia. Con ellos siempre nos permitimos dudar, les buscamos mayor grado de definición, sospechamos de los diferentes puntos de vista, de sus posiciones epistemológicas pero con la catástrofe todes cierran la boca, salta el termómetro, la dialéctica se esconde avergonzada.



El planeta vuelto uno

Pasamos el largo rato en nuestras casas: me han llegado fotos de “pavas” transformadas en espejos después de ocho días de pulido. De galletitas como parte de un crochet. De maquetas bíblicas hechas de harina de garbanzo (sin TACC).

(Rudy, Todo lo que usted quiso saber sobre el corona)

Estaría bueno luego de que pase esta pandemia, que cada uno cuente lo más ridículo que ha hecho durante el transcurso de la misma y cómo no me puedo reunir ni los puedo escuchar, cuento la mía, me bañé junto a los productos que compré en el supermercado, nunca había compartido la bañera con una cerveza, una sachet de leche y un pote de crema para untar *light*, y no sólo me bañé con esos productos sino que los llené de jabón para higienizarlos.



Lo peor es que cuando lo cuento nadie se sorprende y me dicen que sí, que no es nada original, que ¡quién no lo hizo!, si nos obligan a quedarnos a un metro, a dos metros de toda persona ¿cómo no mantenernos a distancia de una cerveza que tocó mucha gente antes que me eligiera y me llevara a sacar el documento con la tarjeta para pagarlo?



Es muy difícil hablar cuando hay mucho pánico y mucha pobreza. Se llega a decretar que todos debemos permanecer adentro y luego de un par de días, salir a la puerta se vuelve dificultoso, y cuando salimos volvemos rápido lavándonos las manos y metiéndonos con los productos del supermercado a higienizarlos, si y solo si somos de las personas que tenemos vivienda, productos para comprar, agua corriente, o sea, sólo una porción de los habitantes del planeta podría hacer lo que hice.



Para convencernos que debemos hacerlo, que está bien que lo hagamos, nos muestran las imágenes más obscenas en tiempo real, las caras desencajadas de dolor, los muertos apilados que nadie quiere tocar porque aún anidan virus en ellos. Y como estocada final agregan que la pandemia es mundial. No hay dónde esconderse.



Muchos intelectuales sostienen que, a pesar de todo el mal que puede causar (que no se debe minimizar) el pánico que ha desatado la pandemia es desproporcionado. El asunto es que el planeta se ha vuelto uno. Las ventajas de la globalización son evidentes, así como también las complicaciones. Levis Strauss en 1960¹, luchó para que no se llegara ahí: el uno, el planeta, la globalización, la homogeneización en definitiva conlleva una pérdida, la de la heterogeneidad.



La viralización empezó antes que el Covid, sin embargo nadie se preocupó de la homogeneización que acarrea. Contentos

1. Levi-Strauss, Claude: *Antropología estructural*, edit. Siglo Veintiuno editores, “Capítulo XVII: Raza e historia”.

con la globalización, se minimizaron los excesos. ¿De qué excesos hablamos? De información, de productos, de capitalismo. Quejarse del sistema parece lo más cómodo y luego se compara con otro sistema todavía más controlador aunque menos injusto. Los dilemas parecen siempre llevarnos a elegir entre lo malo y lo peor.



La pregunta es si el neoliberalismo llevaba implícito la tendencia a la homogeneización. El exceso es una porción que está de más o de menos. Desde el capitalismo, lo que sobra en un lado falta en el otro pero resulta aún más complejo en los cuerpos. Un exceso cotidiano de comida lleva a la obesidad, un exceso cotidiano de las múltiples pantallas lleva a algún tipo de debilidad mental leve, un exceso de capitalismo lleva a que en una fiesta de diez personas, un comensal se coma el noventa por ciento de la torta. Como lo graficó Marx de diez pedazos de torta se come nueve y eso que hablaba del siglo XX. El capitalismo lleva a la pésima distribución de la riqueza, a la injusticia pero no directamente a la homogeneización, para eso hubo que agregarle los celulares en tiempo real: la homogeneización a pesar de la mala distribución de la riqueza.



Pero ¿qué relación existe entre cuerpo, capitalismo y tiempo real? ¿Se puede decir que éste es el primer virus capitalista cuando todo el planeta se convierte en un mercado, en uno, que lo consume al mismo tiempo? El filósofo Chul Han² ha ubicado esa relación entre la globalización, los cuerpos y la viralización,

2. Chul Han Byung, nota publicada en el diario *El País*, el día 22 de marzo y luego replicada en el libro “Sopa de Wuhan”, en <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>.

sostiene “La globalización suprime todos estos umbrales inmunitarios para dar vía libre al capital... Los peligros no acechan hoy desde la negatividad del enemigo, sino desde el exceso de positividad, que se expresa como exceso de rendimiento, exceso de producción y exceso de comunicación”.



Y algunos osaron decir que el virus mataría al capitalismo. Nada más alejado de lo que va a pasar, el goce del uno lo único que hará es profundizar el capitalismo porque es el sistema que no sólo resiste ese goce sino que lo pone a producir. Algunos confunden la necesidad de la organización del estado necesitado de sostener a millones que no son tan libres, ni vigorosos, ni pudientes con el sistema del planeta, ahor en tiempo real implantado en los cuerpos. Cuando esto pase todos saldremos a comprar lo que no pudimos estas semanas. Y nos seguiremos bañando con nuestros productos pues nosotros somos esos productos.

El alumbramiento del planeta

Se recomienda evitar el sexo, salvo entre convivientes (suponiendo que esos convivientes sean una pareja y no un vínculo filial, o fraterno, o humano-mascota, etc.).

Si la persona con la que tenés o tendrías un vínculo íntimo consensuado no vive con vos (vive solo/a o con otras personas), se recomienda “el sexting”, que no sé lo que es pero suena a “el sexo sextingue”.

No sé si los sociopolisaniflocientólogos lo saben, o no, pero la falta de contacto real mata. O genera autistas, o seres que alucinan (virtualmente, quizás) una satisfacción que en la realidad no consiguen. La cuarentena es más que necesaria, pero hasta el más sofisticado traje de buzo tiene un agujerito o un cañito por el que se pueda respirar, si no...

(**Rudy**, Democracia)

Muchos pensadores sostienen que en el 2020 nació el siglo XXI y que nació “con retraso”. ¿Cómo saldrá la nueva criatura? El recién nacido hace un escándalo, llora y grita como todo recién nacido. Todos y todas corremos para acunarlo y tranquilizarlo. Pero no le importa demasiado. ¿Quién ha nacido es el “Planeta Globalizado” que ha salido de las entrañas del mundo! El planeta que albergará al *Homo Selfie*. O al revés, el *Homo Selfie* por fin gestó el planeta donde vivirá.



¿Cómo saldrá el planeta? No podemos hacer futurología pero si ya podemos sostener algunas hipótesis. Por un lado, la primacía de la homogeneidad, del homo, del uno, y la supresión del otro, de la heterogeneidad. ¡Pese a que pareciera que estamos en las épocas de respeto por la diversidad! Diversidad pareciera no ser sinónimo de heterogeneidad. Por otro lado, se producirán diferentes tipos de excesos: exceso de información, exceso de productos, exceso de pantallas, exceso de protagonismo, exceso de emprendedores, exceso de capitalismo. Otra vez el encuentro con la paradoja, el exceso en una sociedad básicamente en los tiempos de la escasez. En tercer lugar, cómo en todas las épocas, la prevalencia de diferentes patologías y enfermedades, ya las hemos ubicado: las enfermedades psicosomáticas con las oncológicas a la cabeza, las prácticas adictivas de muchos colores y a muchas sustancias, la tendencia generalizada de una debilidad mental leve. Y ahora agregamos algo que se nos había pasado por alto: los rasgos “caracteropáticos” de este nuevo ser.



La nueva época será dominada por un tipo de personalidad: los maníaco-depresivos. Hubo épocas del primado de los dinosaurios, otras de los neuróticos, otras de los perversos, el siglo que nació será de los maníacos-depresivos. No significa que pasemos de la manía a la depresión o al revés; algunos serán maníacos, otros serán depresivos casi en forma absoluta pero lo resaltante serán las oscilaciones, los vaivenes, los ciclos y flujos continuos de vibraciones sin corte donde la erótica del duelo se dificultará y el cuerpo será un lastre.



Los depresivos que putean a la suerte de estos tiempos que no los dejan hacer lo que desean, y se echan a dormir y a mirar

series eternas y a propinarles trompadas a las paredes. No llega a ser depresión pero sí un decaimiento y preocupación generalizada a veces más cercana a la melancolía. La enfermedad del narcisismo, del exceso de narcisismo, propia del *serlfador*. A diferencia, el mundo de los maníacos exultantes de una ansiedad que sale por los poros. No pueden parar y parar, es la sobre explotación del sí mismo, no alcanza el tiempo, se les diluye entre



las manos, sus latidos corren por los diapasones de la ansiedad y logran sólo algunos segundos de calma antes de correr más, siempre intentando conseguir otra cosa. Pero no es ese querer otra cosa de la histeria que desgasta al otro o de la perversión que lo hace instrumento de su goce, el maníaco parece no importarle el otro salvo como instrumento de su emprendimiento.



Algunos pensarán que la caracteropatía es el resultado de los diferentes tipos de excesos, la consecuencia del actual neoliberalismo cibertecnológico. ¡No es mala hipótesis! Otros dirán que se trata de un efecto del goce obsceno de la sociedad actual y otros preguntarán si se puede hablar de obsceno cuando nos trae tantas comodidades y satisfacciones. ¿Quién puede sentirse ajeno al exceso de comunicación, al exceso de pantallas, al exceso de protagonismo, al exceso de productos, al exceso de viralizaciones? Más allá de estos debates, se constata la dificultad por un lado de la dimensión del duelo, por otro por la restricción del movimiento del cuerpo se plantea el empantanamiento en la decisión y el acto, bases para la libertad y la responsabilidad ética.



Se podrían agregar otras lecturas, como la antropológica, primero el distanciamiento de la noción de productores, luego de la disminución de la conciencia de trabajadores permitió ir construyendo la primacía de la mirada en la categoría de espectadores depresivos y oscilando emprendedores maníacos de nuestro exceso. Pero para todes, restricción de movimiento en la tierra, movilidad infinita en el planeta. La distopía de un tiempo que muchos sólo imaginaron y que hoy está acá.

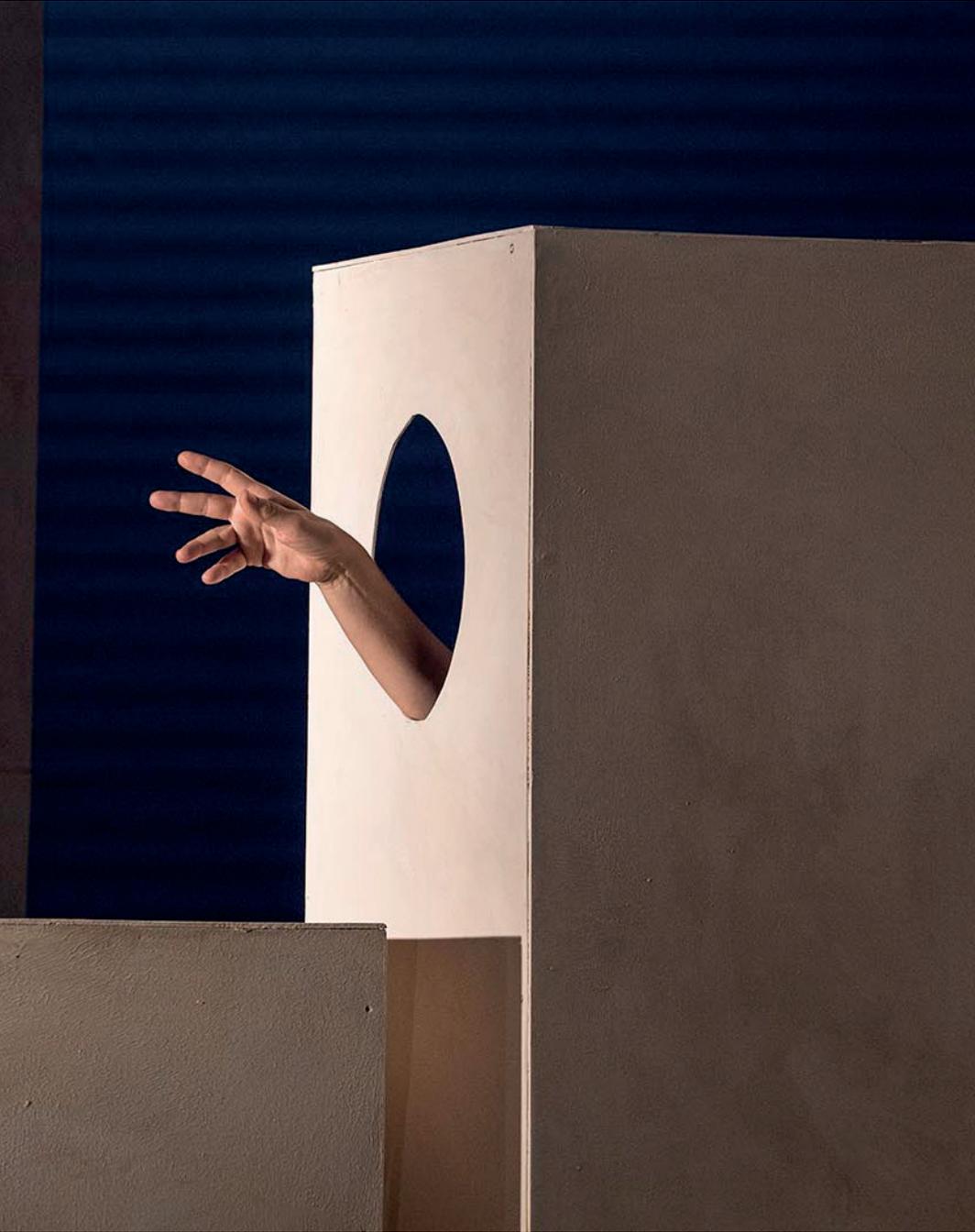


Una lectura cabalística, que ubica las grandes pestes en períodos de dificultades de los procesos de duelo o quizás al revés. La pandemia de la gripe española de 1918 cayó en la primera guerra mundial, uno de esos momentos donde la muerte se aceleraba tanto que no te dejaba tiempo para terminar de duelar a uno antes de que llegara el próximo. Y allí la llegada de la peste, la gripe española que rasuró al seis por ciento la población de aquel momento como si hoy murieran quinientos millones de personas y agregado a esas muertes, las guerras; la mortandad habría superado al diez por ciento de la población mundial. Una época donde morir era mucho más frecuente que nacer. Lo único que se podía hacer era resistir y tener muchos hijos e hijas, a lo mejor quedaba alguno vivo.



Además ¡qué bien que le viene el virus al capitalismo! La lectura histórica. Está tapando una de las crisis que si no fuera por el virus sería por cualquier otra cosa pero el Covid como “excusa” es insuperable. El capitalismo se fagocita cualquier virus, como también nos fagocita. El capitalismo ha creado su forma de propagación mediante la viralización. Late, con movimientos de crecimientos (y de descalabro) sin continuidad homogénea ni constante. La viralización es el paradigma, viene y se va como olas, marejadas de tsunamis. Pero esa oscilación descansa en una corriente homogeneizadora. Empezó mucho antes que el Covid, sin embargo nadie se preocupó de la homogeneización que acarrea. Contentos con la globalización, se minimizaron los excesos. Sólo se escuchaban quejas acerca del sistema y la comparación con otro sistema todavía más controlador aunque menos injusto.





Una lectura prospectiva. “La revolución viral no llegará a producirse”¹ sostiene Chul Han. José Pablo Feinmann sostiene que “algunos se calman pensando que el virus nos va a llevar a un mejor horizonte, un mundo distinto. Puede ser, pero no es seguro. La pandemia no va a hundir al capitalismo. Algo que intentaron los socialismos del siglo XX que terminaron por instaurar dictaduras. No le pidamos a la pandemia algo que los hombres no supieron hacer”². Ambos autores comparten la idea de que “ningún virus es capaz de hacer la revolución”. El virus aísla, individualiza, aterroriza. “No genera ningún sentimiento colectivo fuerte. De algún modo, cada uno se preocupa solo de su propia supervivencia. La solidaridad consistente en guardar distancias mutuas no es una solidaridad que permita soñar con una sociedad distinta, más pacífica, más justa”.



1. Chul Han, Byung; Ibid.
2. Feinmann, José Pablo: Nota aparecida en el diario *Página/12* en <https://www.pagina12.com.ar/256018-pandemia-muerte-y-capitalismo>, el 30 de abril del 2020.

Las restricciones de movilidad ¿son un estado de excepción sanitaria?

Epidemia, Pandemia, Academia, Infodemia, palabras que reinan con su corona puesta, es este siglo XXI, informático y febril. “Democracia” no parece ser el término adecuado para un mundo donde la libertad te contagia de un virus invisible y mortífero, y de desconocimiento, pero con título universitario. Intenta evitar (o solo postergar) la visibilidad horrorosa de la precariedad humana encerrándonos amable y a veces lujosamente en nuestras soledades reales y sociedades virtuales.

(Rudy, *Democracia*)

Uno de los atributos, quizás el más trascendente del ser humano es la libertad, el reconocimiento del propio hacer libre y decisorio, en este mundo. Pero contradictorio a esto, la sociedad siglo XXI, construye el planeta con restricciones a la libertad. El *Homo Selfie* vive en una sociedad con restricciones de movilidad. Y no es sólo por el confinamiento motivado por la pandemia. Ejemplos por todos lados, todos los días y desde hace muchos años. Cuando firmamos usos y condiciones, en el celular, sin ningún problema, rubricamos nuestro consentimiento a una forma de restricción. Sabrán por dónde te mueves, siempre para ayudarte: acercarte el uber, mandarte la aplicación de la comida, orientar tu camino hacia un destino desconocido pero el pago es que utilices las mismas calles para llegar a los mismos lugares, pienses más o menos lo mismo que la mayoría, las restricciones no se sentirán bajo el manto de una tranquilizadora rutina.



Como en la película “Truman Show”¹, cuando el protagonista, un majestuoso maníaco, que repite como un loro: “Buenos días, buenas tardes, buenas noches, contento de su mujer comentando lo rico de los *corn flakes* de cada día, percibe que lo observan todo el día, tienen prefijado cuáles serán sus rutinas diarias, preparados los actores para estar en el momento justo para que sienta el enorme y reconfortante peso de la rutina, se quiebra. Quiere irse de la isla, su deseo de libertad enfatiza su inhibición, sus enormes restricciones de movimientos y, por fin, se pregunta qué hacer. Con angustia, retoma algo de su decisión, de realización, de acto y se va de escena previamente saludando con una gran sonrisa.



Podríamos dar muchos ejemplos más. Giorgio Agamben en el “Homo Sacer” sostiene que esa restricción la podemos encontrar más cruda en los centros de internamiento de extranjeros. Los refugiados no se pueden mover, han quedado en un limbo, suspendidos sin derechos, pueden ser asesinados sin ser considerado delito, no están adentro ni afuera, se encuentran en un no lugar. Es la topología de la aterración, ese no lugar de lo “terrenal”, el lugar de la restricción de la movilidad que construye ejércitos de maníacos que no pueden dejar se moverse. Es como el movimiento en el pantano, más se mueven más se hundén porque no hay terreno sino ese hundimiento de la tierra y el magnífico nacimiento del planeta. El genial Samuel Beckett ya escribió hace sesenta años la obra “Días felices”², sólo unas fotos para que saquen sus conclusiones.

1. *Truman Show*, dirigida por Peter Weir, año 1998, Estados Unidos.

2. Beckett, Samuel, *Los días felices*, 1961, edit. Cátedra, Madrid (2004).



Versión y dirección: Pablo Messiez
Teatro Valle Inclán, Madrid, España

La crítica dijo de esta obra: “sonriendo con la tierra al cuello”.
O sea sonriendo sin tierra, atrapados en el no lugar que es la tierra.
Y la obra termina así:

(Va apareciendo una expresión de felicidad, que aumenta).
WINNIE: ¡Win! (Pausa). Ah, éste es un día feliz, ¡éste habrá sido
otro día feliz! (Pausa). Después de todo. (Pausa). Hasta ahora...



Necesitamos una poesía que muestre el perfil del ser humano enterrado en sus restricciones de movilidad. Vicente Zito Lema contundente y generoso nos acerca esa topología del no lugar. Siempre fueron y siguen siendo representados en la historia por los locos a quienes se los embarcaba en el no lugar de la nave de los locos y por los pobres “buenos” encerrados en villas miserias y por los pobres “malos” en cárceles. Viven en lugares que los que no se pueden mover porque son “pobres de toda pobreza”.

“Que no se vea ni se oiga ni se toque a los ángeles malditos, bastardos de un cielo que se derrumba”.

Y ubica esa restricción de movilidad, en el ser humano que deja sus carnes y sus huesos en la tierra y sale a volar por el cyber espacio de la movilidad infinita...



Hoy una restricción de movilidad terrenal, más de la mitad de la población mundial, adentro, sin poder salir, un “estado de excepción sanitario” recorre el mundo dejándonos detenidos en nuestras unidades habitacionales (o dónde estemos, o cómo

3. Zito Lema, Vicente: “La gran cloaca”, prosa poética, en *Noche de Locos*, Edit. Letra Viva/Episteme, Buenos Aires, 2010.

pueda llamarse), restricción transcultural, transnacional, cotidiana y mundial en el planeta vuelto uno. Agamben sostiene que el Covid 19 es “otra forma de restringir libertades” que conformarán el estado de excepción. Jorge Alemán⁴ le preguntaría a Agamben si alguna vez ha estado en un estado de excepción pensando seguramente en la dictadura cívico militar en Argentina o en los diferentes genocidios acaecidos durante el siglo XX. La represión social no es el distanciamiento social. Las restricciones de la movilidad ya acontecían antes del Covid. Ya lo había escrito Foucault, a quién uno recuerda tanto por estas



4. Alemán, Jorge; nota aparecida en Página/12, el día 10 de mayo 2020, en <https://www.pagina12.com.ar/265021-que-ocurre-con-agamben>.

épocas, se trata de la biopolítica. Este concepto introducido en su pensamiento filosófico, nos muestra la gestión política de la vida, la intervención del poder en la vida humana. Que mejor que el estado detenga la movilidad por nuestro bien. Pero ¿son los estados actuales quienes producen esas restricciones de la movilidad y por tanto de la decisión y la inhibición del acto de libertad?



Entonces la pregunta es sobre la política. El gobierno es parte del asunto. La Alemania nazi fue una máquina de restringir libertades, con la vil mentira de darle grandeza al pueblo alemán escribió su peor página, exterminar al pueblo judío convirtió a ese pueblo en cómplice y responsable en diferentes grados del exterminio. Matar te vuelve asesino, si restringís coercitivo la libertad del otro, te vuelve represor y asesino. Pero hoy no estamos, por suerte en esa época. Los sistemas políticos no asesinan de esa manera aunque el matón de los norteamericanos sigue pensando en el lejano oeste y elige, depende la ocasión pieles rojas, amarillas, negras, blancas para matar. Hace semanas el presidente Trump puso precio a la cabeza de Maduro: quince millones de dólares. Se trata de una política focalizada.



Pero además del gobierno y del estado, se trata del sistema, y además del sistema del planeta, y además del mundo estamos nosotros, y además del nosotros estoy yo. Una política focalizada en cada uno. Un yo representa a miles de millones ¡Temo que me contagies! Del estado pasamos a la singularidad. Y de la singularidad reconstruimos una noción diferente de estado. Es el estado el que “me hace”. Esa argumentación humana, sigue



la idea de que el otro es el que me contagia. Por eso me tengo que alejar. Entre estado y sujeto existe una complicidad que lleva a que cada uno se tiene que quedar en su agujero beckettiano, en su isla de filmación a lo Truman. Siempre el otro me hace, me contagia, hoy se teme. El otro lleva encima los gérmenes, los virus; el otro es el infectado. Lo humano hoy es esa paranoia, centro agrietado de la identidad más allá de ese narcisismo exacerbado en las *selfies* que vivimos cotidianamente y que nos permiten esa sensación de “buenos días, buenas tardes, buenas noches”. Y esa paranoia nos encierra, y al mismo tiempo nos abre el espacio infinito en las redes que no tienen final.



La paranoia, la falta de ganas, la ansiedad pleamar y bajamar, lo maníaco, lo depresivo; resultados evidentes de nuestro género humano siglo XXI. Estamos oscilando como un virus, entrando por tu boca, con la difusa culpa por no habernos cuidado bien. El otro es el que infecta, vos, tu, ellos tienen todos los virus del mundo encima. La maldad viene del otro. La condición psicológica del “me hacen”, nos ubica en posiciones infantiles donde soy a partir del otro, me infecto a partir del otro. Lo maniaco depresivo ya sostenía Melanie Klein constituía el tiempo infantil inmemorial, enterrado, actual.



Necesitamos el terror para quedarnos inmobilizados. Agamben se pregunta acerca del clima de pánico que estamos viviendo, este sentimiento además de ser utilizado por los gobiernos y medios de comunicación resulta una demostración de esos sentimientos infantiles, primigenios. Ese pánico que vivimos en estos tiempos es lo más parecido a los pánicos de la



niñez, no se debe tocar al extraño pues genera angustia. Veo que alguien me habla, veo que mueve los labios y creo que va a estornudar, me alejo por las dudas, quizás haya tocado alguna manija antes de entrar. Después tengo que limpiar con alcohol o lavandina, ¿dónde la dejé? No me queda más, ¿tendrá el almacén de la vuelta? Los pensamientos huyen del otro y lo despidido casi sin mirarlo, vino a hacerme el mal, a dejarme sus estelas de virus que chorrean por las paredes, quedan inactivos por diez días hasta que los toque yo y se activen en mi muerte. Estos pensamientos son arcaicos, eso espero.



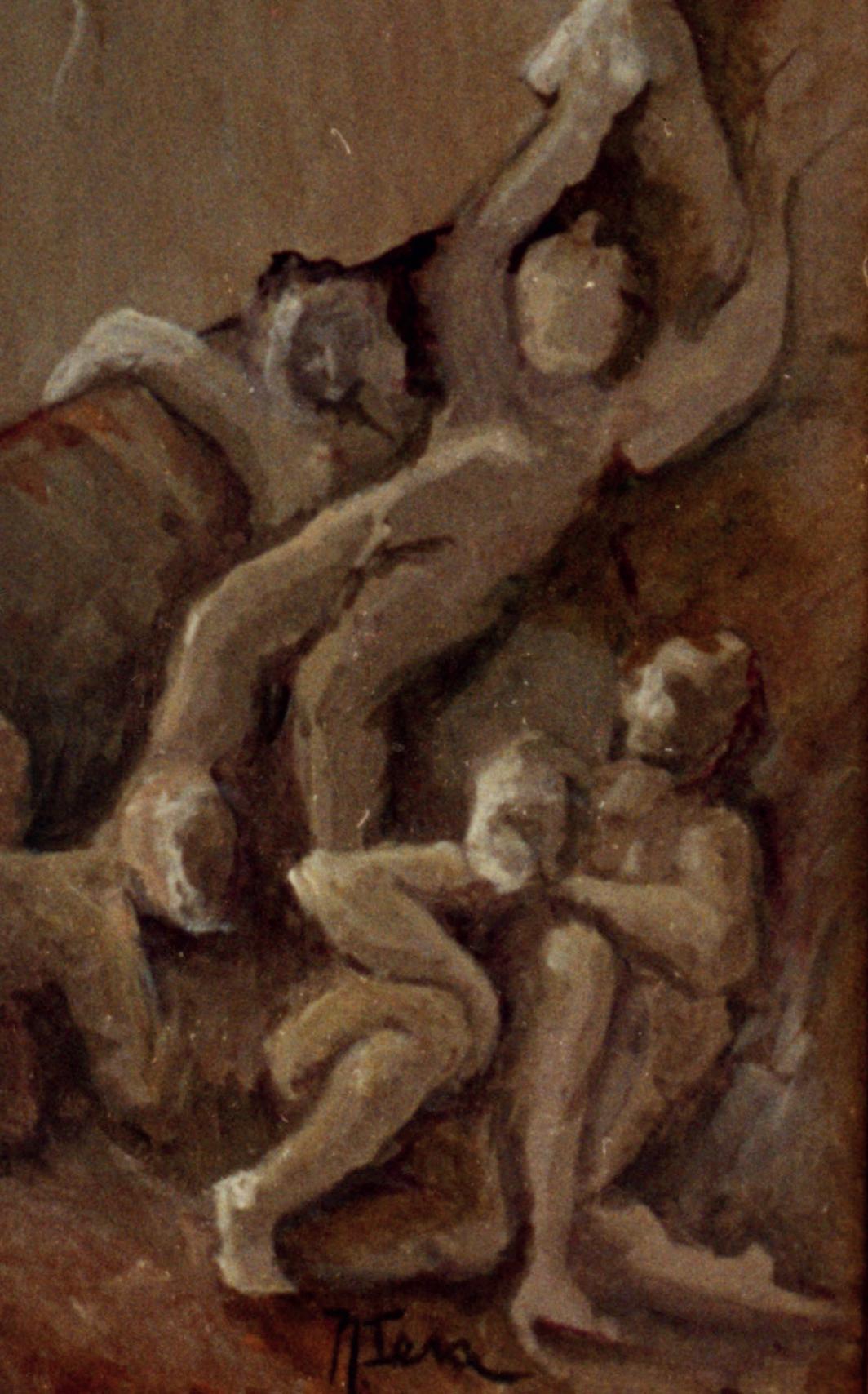
Esto genera es el “estado de excepción sanitario”, el estado cuida a las personas, es cuidador, se tiene que hacer presente, es el único que debe mantenerse activo con sus tres instrumentos: los médicos, los funcionarios, las fuerzas de seguridad. Tiene que mostrar su poder, los funcionarios dando subsidios a la población, mostrando su fuerza inapelable para hacer cumplir la reglamentación. Y ahí el estado policíaco, mostrar miles de multas, autos secuestrados, retenes en todas las rutas. Y siempre pidiendo aplausos a médicos y enfermeros convertidos en la primera trinchera, esperan a los contagiados para una lucha a brazo partido. El estado de excepción sanitario necesita el beneplácito de la mayoría de la población con el lema de cuidarte es cuidarme. Que no salgas vos es que no me contagie yo. Siempre sigue esta construcción donde el otro es que el que tiene el virus. El virus es foráneo, extranjero, sos vos quien lo tiene, fuera de mí, de mi casa, de mi cuerpo, de mí.



Nunca sentimos tanta culpabilización para movilizarnos por las calles, hay que llevar una bolsa de compras del supermercado para dar cuenta de que lo nuestro es por supervivencia. Todo con el barniz de la razonabilidad, el estado tiene razón, ¿quién le puede discutir al que dice la verdad? Al que tiene la lógica inapelable, a ése discutió Nietzsche ¿por qué no se puede cuestionar al que tiene la verdad? ¿La verdad te vuelve impune, te cierra la boca? ¿Acaso la verdad es la justicia? ¿La verdad es el escalón más alto de la humanidad?



El Covid es la excusa “ideal”. Nos manda al pánico actual e histórico, nos restringen la movilidad, psicosis colectiva, queremos en algún rato del día escuchar las noticias, quedar espantados, dar fundamento a nuestra restricción de movilidad. Necesitamos escenas fuertes, cuando nos ponen delante de una película, y alertan a los susceptibles: ¡cuidado, violencia!, ésos no somos nosotros. Me gustaría saber qué persona susceptible se detiene ante esa prevención. ¡Queremos la violencia! Nunca fue tan vista, tanta cantidad de escenas de violencia en las pantallas, antes se trataba de que no hubiera ninguna película sin un beso o una escena seductora, ahora no se puede hacer una película sin destrozar el cuerpo de alguien.



Hera

Los aterrados de la pandemia

Se ha puesto de moda, una enfermedad
Es una que impide, decir la verdad
Empieza con uno, que cuenta una mentira
Y a las pocas horas, todo el mundo, delira
Dicen una cosa, y la contradicen
Luego se desdicen, depende quien cotice
Propagan el miedo, propagan el pavor
El cuiqui, el cagazo, la fobia y el terror

(**Rudy, Infodemia**)

Lo que no dicen de esta pandemia es que esto no comenzó hace cinco meses sino hace de diez años, podría decirles un poco más pero no quiero seguir asustando a la gente, el coronavirus, para eso, es magnífico. ¿Para qué los voy a asustar? ¿Qué agrega entonces el covid 19? El comienzo, la marca de una nueva época, la instituye, es el acontecimiento que se recordará como acta de inicio de un nuevo tiempo inapelable, inflexible, contundente: la era del *Homo Selfie*.



El Covid asusta; mata preferentemente a los más grandes o a los más comprometidos por factores de riesgo, huele a los más débiles pero, sobre todo, llega de diferentes modos a todos y a todas y de diferentes modos nos aterriza. “Aterra” no tiene una lectura etimológica sino significativa que se compone de “a” y de “terra”, “a” significa “sin”, “terra”: “tierra”. Es el Covid, esta nueva era nos deja sin tierra pero con el planeta en nuestras manos.



Más allá de la lectura de que la mitad de la población se encuentra enclaustrada en casas, casillas, departamentos (como lo puedan o quieran decir) y que las características de la comunicación en tiempo real permitan tener el planeta en vivo al unísono. Pareciera una contradicción. Quizás lo sea. Por un lado la falta de tierra, recordemos que en el tiempo antiguo el ser humano, mediante su trabajo en la tierra lograba producirse como ser humano y producir su alimento. Ya en la modernidad del siglo XVII, tener tierra fue una de las bases de los cambios, Descartes proclamó tierra personal a los propios pensamientos. Tener tierra fue la base de la identidad. Hoy ya no se trata de la tierra sino del planeta.



Un terreno propio era que el otro tuviera otro terreno propio, o que la mayoría no tuviera ningún terreno propio pero que ese otro terreno (o no terreno) fuera diferente, divergente, heterogéneo al uno. Esta diferencia demarcó las contradicciones de clase, de etnias, de diferentes disputas que hemos atravesado en estos siglos. Hoy en la “a-terra”, lo que importa es el planeta cuya homogeneización nos arrasó. Muchos discuten con apasionamiento los blancos, grises y oscuros de esta época, algunos defenestran al big data, otros opinan que pasaremos del “Gran Hermano” a la “Gran Hermandad”. Disputas como siempre lo ha habido pero lo nuevo, el *Homo Selfie* acabó con la tierra, es planetario.



En esta pandemia, todos, todes, toditos hemos quedado con alguna/s persona/s alrededor pero sobre todo hemos quedado bajo el cuidado de un celular; las noticias y las conversaciones van y vienen y nos han convertido en antenas que retransmiten las



noticias del planeta. Faltaría que habláramos un mismo lenguaje y la homogeneización sería aún más perfecta. El planeta quiere que hablemos el mismo idioma y su idioma es la viralización.



El gran virus es la viralización, hoy sabemos que el Covid es súper fácil de matarlo, sólo limpiarse las manos con agua y jabón pero que su poder de fuego es como una ametralladora automática, se propaga de una manera tan rápida como una *fake news*, o como un meme, o como el mensaje instantáneo que ya te mandé y ya te llegó. Esa inmediatez cambia las condiciones trascendentales del tiempo y del espacio formulada por Kant a finales del siglo XVIII. Para este autor, el sujeto era condición de posibilidad a partir de las formas puras de la sensibilidad, el espacio y tiempo y las doce categorías puras de la razón. El planeta, las formas de comunicación actuales, en tiempo real, nos deja sin espacio, sin terreno, sin comunicación, sin hueco entre tu mensaje y mi respuesta.



No existe la interlocución, ya lo habíamos estudiado y aprendido, se trataba del emisor, del receptor... pero sobre se trataba de la espera. Ahora sin espera, no hay cuerpo, mi mensaje ya lo mandé y ya te llegó. Nos deja sin espacio, no hay lugar para esa distancia. El tiempo aterra, un tiempo sin tierra, sin lugar.



La frase que mejor lo explica es: “Me clavaste el visto”. No solamente veo el mensaje que mandé sino que sé que te llegó y que, con certeza, no lo contestaste. Tu falta de respuesta no hay duda, es una no respuesta. Tenemos la obligación de responder, no podemos aludir incertidumbre en la recepción de la carta que

no nos llegó. Pensamos que nos dieron un celular para que lo cuidemos pero era al revés, el celular responde de tu identidad.



Finalmente en esta época en la que no podemos salir, no hay distancia entre vos y yo, estamos todxs pegados con el mismo celular en la mano, e imaginamos posible en esta época de pandemia que nos llegue al mismo tiempo el mismo sticker, ¿cuál sería ese sticker? El género humano, el planeta mirando el celular, la gran *selfie*.



¿Qué culpa tiene el celular si hoy nos hace compañía y nos permite seguir conectados con los de afuera? Al que se le rompa el celular cae en la celda de alta reclusión. Ha pasado a ser nuestro *gadget* de la libertad, puedo hacer videos en vivos y pensar que me comunico, puedo enseñar a mis estudiantes, puedo hablar con vos, puedo estar ahí donde estás sin tener que moverme, no hay tierra. Sólo cuerpos separados, el problema de la comunicación, en el tiempo actual, es el cuerpo. El cuerpo representa la espera, el cuerpo es el que espera, el cuerpo es el que te espera.



En Irlanda, el estado propone una guía de actuación para con nuestro cuerpo ante la epidemia, ¿qué recomienda? Tres cosas: en primer lugar el *sexting* o sea el intercambio de textos y fotografías explícitas, o sea sexo virtual. En segundo lugar que te toqués, que te masturbés, que vuelva la masturbación, que deje de considerarse como reprehensible como era considerada en el siglo XVII en la que ataban las manos de los adolescentes a una campanillas avisándoles que eso les estaba restando vida.

Avisan que nos podemos masturbar pero con restricciones, con la condición de lavarse las manos antes y después de hacerse, hacérsenos, hacérselo. Y tercero, recomiendan el sexo con la persona que tenemos al lado, preferentemente en la unidad habitacional, sexo entre convivientes. No lo dicen porque no pueden pero ¡es importante la monogamia! El planeta se vuelve homogéneo, el planeta vuelve al mono, a la monogamia, a “hacerse la del mono”, a mandarse como los monos desnudos haciendo “monigoteadas” por las redes del mundo.



La pandemia se mete con los cuerpos, se mete en los cuerpos, no nos podemos tocar nuestra cara, porque en los ojos, en la nariz, en la boca está el problema, antes debemos lavarnos las manos, y los ojos, y la boca, y la nariz, y así sucesivamente en un sinfín de acciones de tocarse y lavarse, lavarse y tocarse, infinitas veces. En la boca, en los ojos, en la nariz está la puerta de entrada al infierno, el cuerpo como siempre paga tributo al infierno, el cuerpo es el o la que va al infierno, con él vamos o no vamos nosotros.



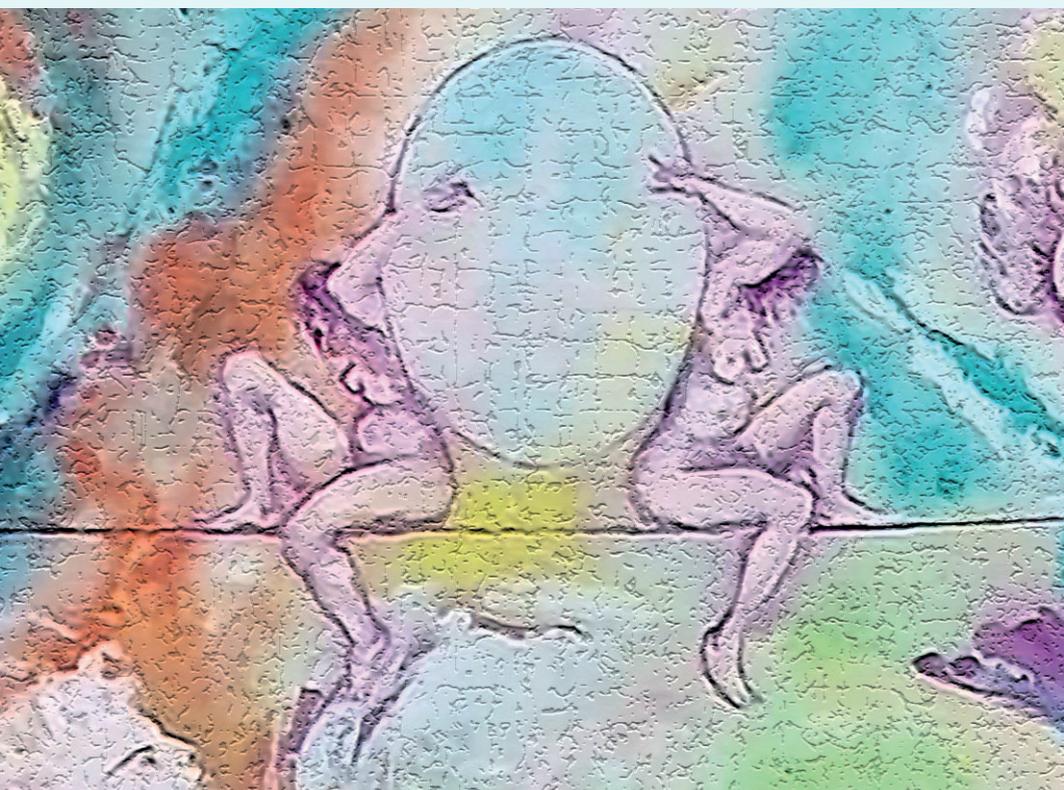
La pandemia no es de ahora, fue preparándose desde hace años, no es que hubiera alguien que la estuviera preparando, quizás podría acusar a las megasupercorporaciones tecnológicas y esos inventos tan fascinantes que han realizado que ha cambiado la misma condición del ser humano en la tierra, ahora definido como (no Homo-Sapiens-Sapiens) *Homo Selfie*. Pero no las acusaré porque ellas están construidas, pensadas y de alguna manera manejadas por seres humanos y también existe una sociedad y un estado, o varios.



La culpa tampoco es de nuestro amigo el celular, no lo vean con malos ojos, ese celular nos abre todo un planeta, la “a-terra” en tu palma de la mano, no tenés que salir de tu casa para descubrir el planeta, un planeta sin tierra. El planeta lo tenés en tus manos, está casi todo ahí, si está visibilizado existe si no la inexistencia, dicen muchos estudiosos. Hoy paseás por cualquier museo del mundo, escuchás cualquier radio de cualquier lugar del mundo, leés las noticias de la zona que más te agrada, hablás con la persona en este preciso momento al otro lado de la esquina, o al otro lado del planeta.



Tanto “adelanto” es el resultado de algo que no nació ayer sino hace siglos, el ser humano en el colmo de su comodidad, no tendrá más que quedarse en su casa, e ir a comprar al negocio de la vuelta lo que necesite para vivir, la producción será la necesaria para todo el planeta, pero ¿sabemos que esto no es así!, nos preguntamos qué ha fallado, porque algunos tienen su casa y sus amados y otros duermen en la calle arrasados por el hambre y por falta de abrigo y afecto. ¿Qué ha fallado? ¿Un adelanto tan increíble podría tener que ver con la mala distribución de la riqueza? ¿Es que vamos a responsabilizar al celular de que no sabe bien cómo distribuir la riqueza? Evidentemente hay una sociedad que está atrás del celular, es una sociedad pandémica, que sabe cómo arrasar mediante el miedo, sabe cómo dejarnos sin tierra, “a-terra”, nos abre el inmenso y pequeño planeta en que vivimos.



Con la obligación de ¡cuídate!

Compañeros en gel, amigos virtuales; cuarenteños, eñas y eñes; agorafóbicos felices, claustrofóbicos al borde de un ataque de infodemia, desarrolladores de panza en el encierro, pulidores y doras obsesivos de pavas y otros enseres domésticos, incumplidores de todo lo que habían dejado para cuando tuvieran tiempo, lavandineros, casados/as en fuga. Todos y todas, dignos luchadores contra la pandemia y la globoludez.

(Rudy, Pelotables y miserudos)

Me pregunto cómo quedaremos después de esta pandemia, de esta restricción de movimiento, de este suponer que el cuerpo del otro es portador del virus como también su huella, la manija que rozó para llamar a nuestra puerta. Cómo quedará esa fobia que sentimos frente al estornudo inevitable del otro frente a una súbita llegada de los ocres otoñales. ¿Cómo quedará mi cuerpo con tu cuerpo?



El amor duele en los ojos, en los recuerdos de tus hermosos ojos, ¡qué me abran los ojos para verte!, que me muestran dónde estás ahora, la manera de descubrirte, tantas cosas no sé de vos. La pandemia tiene la secreta misión de hacernos descubrir cosas nuevas, dónde vivimos, ¡cuánto te extrañamos!



El amor, ya volveremos, amor. Al amor que no es el exigente, ¡tú debes ser así para que yo te ame!, amor, el que crea, el que necesita a otro, reconoce tu mirada, quiere llegar a vos, desea tus palabras y anhela tu cuerpo, nuestro cuerpo. Lo sexual es cuerpo, arriesgarse a caer, con otros, no con uno. El sexo no es endogámico sino exogámico, sexo otro. No hay nunca derecho para el cuerpo otro ni aún en la cama matrimonial con el consorte de décadas.



Muchos ministerios del estado ya dieron la orden que sólo se permite sexo virtual, masturbación y sexo con el cohabitante. Las soluciones que propone el estado dejan mucho que desear. Dejan al sexo otro, en una difícil relación con la paranoia. Otra vez el sexo adherido a la muerte, vuelven a tomarse las lenguas y los órganos genitales en el pandemonio, el palacio ensordecedor del infierno.



No hay relación sexual, nos cansamos de intentar explicar los psicoanalistas, hasta que llegó esta pandemia para ayudarnos. Lo sexual otro, salvo que alguien pudiera mantenerse a un metro y medio y llegar a tocar al otro al mismo tiempo que mantener el aislamiento preventivo, se vuelve imposible. La paranoia y no el sexo está de moda.



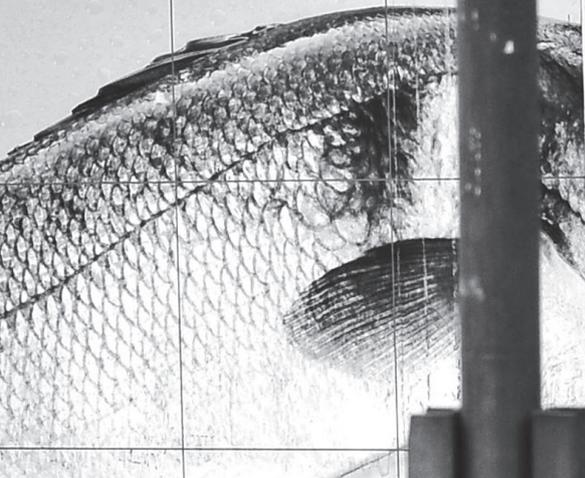
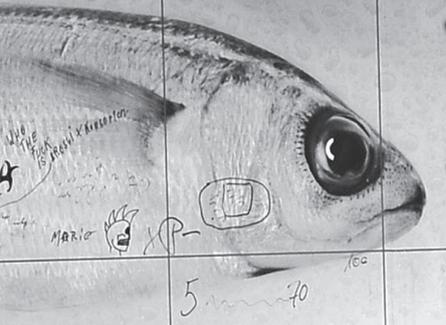
Te persigue la camilla del hospital, para acostarte ahí. Los virus nos persiguen, no se dejan ver, son tan pequeños como virulentos, olvidan que somos seres humanos y que hemos conseguido reinar sobre la tierra pero, ahora, nos dejan sin tierra, y con todo el planeta en nuestras manos.



¿Y la moraleja? No puede ser humanos pegando patadas al aire, tirando lavandinazos al horizonte, karatecas de lo imposible. Los virus se llevan bien con la paranoia, hacen espionaje, se meten en nuestro cuerpo escondidos y tienen la manera de que nuestro sistema inmunológico no los tome como extraños y se defiendan de ellos. ¡Por eso traigo mi cuerpo!, quiero que me lo abran y vean si estoy o no infectado. ¿Me estarán atacando? Siento que se me dificulta el aire, no distingo los colores y los olores. Un sueño me despierta. El Covid 19 despierta las paranoias más virulentas.



Esto fue la gota que rebalsó el vaso, un poco más del límite que el ser humano haya conocido pero esto no comienza ahora. El desarrollo de la cybertecnología tiene esta particularidad, no nos damos cuenta de lo agresiva que es, y cuando lo vemos, es tarde, no pudimos defendernos cómo corresponde. Nos dejan sin respiración expuestos a pandemias que van a ser cada vez más frecuentes. Y no se trata del coronavirus sino de las reiteradas viralizaciones que nos dejan los cuerpos alejados, agrietados, dificultados de encuentros.



Las fluctuaciones del maniaco depresivo

-Pero Rebequita, yo también estoy acá.
-No, Tobias, vos estás “allá”, “acá” estoy yo.
¿No sabías que con esto del virus cambió el concepto de “acá” y “allá”?
-Bueno, Rebequita, está bien. Yo también me cuido y te cuido, me lavo las manos...
-¡Las manos? ¡tenes que lavarte todo!
Ponerte alcohol en gel en las falangetas, en las sudoríparas, en el astrágalo, en las fantasías eróticas, ponete

(Rudy, Coronavida (Tobías & Rebequita))

Algo se siente. Estos continuos vaivenes nos confunden. Lo han llamado síndrome maníaco-depresivo, ¡qué palabra!, una reunión de signos y síntomas tan inespecíficos como lo que te está pasando ahora. Nos explican que lo que sentimos ya ha sido estudiado por la bibliografía. Pero ¿cómo sería posible si este tiempo histórico ha nacido recién ayer? No conviene “patologizarnos” sino comprender-nos en la perspectiva de una época. El *Homo Selfie* es una entelequia, un ente de ser humano que sí podemos diagnosticar, se trata del planeta donde vive, donde vivirá el maniaco-depresivo que somos.



Esa persona que pasa rápido del amor a la paranoia, de la depresión a la manía, de la manía a la depresión, de la depresión a la manía, de la paranoia al amor... y así vamos, como dicen, día a día, es todo dinámico. Pasando de uno a otro, por más que algunos, por su temperamento, se adhieran a un polo más que

al otro, cada cual hace lo que puede, el problema es qué hace el otro con lo que uno puede, y la gran pregunta social es ¿qué hacemos con este nuevo personaje que poblará nuestro planeta? ¿Qué hacer con lo que hace el otro? Ya no se trata del deseo sino de acciones que nos bambolean para un lado y para el otro.



Hoy estamos, imaginémoslo, del lado de la ansiedad, ¿Qué día es hoy? Si, 17. Estas épocas nos confunden, y nos tomamos como a una tabla de salvación, al almanaque. Ah, es viernes 17,



¿viernes? Si, viernes. Con eso creemos que ordenamos puntos cardinales. Se nos abre la agenda diaria, el maníaco es un cultor, un malabarista de llenarse el tiempo, llega con lo justo haciendo de todo pero con la lengua afuera, no da más. Y ahora encima tiene que meter la lengua adentro porque los virus saben dónde está su punto débil. Es la garganta, es la voz, es la respiración, es esa omnipotencia de creer que puede abrir una ventana y salir volando. Lo espera ese temor, a la caída, que siempre, tarde y temprano, el maníaco teme como fondo de su goce infinito y productivo.



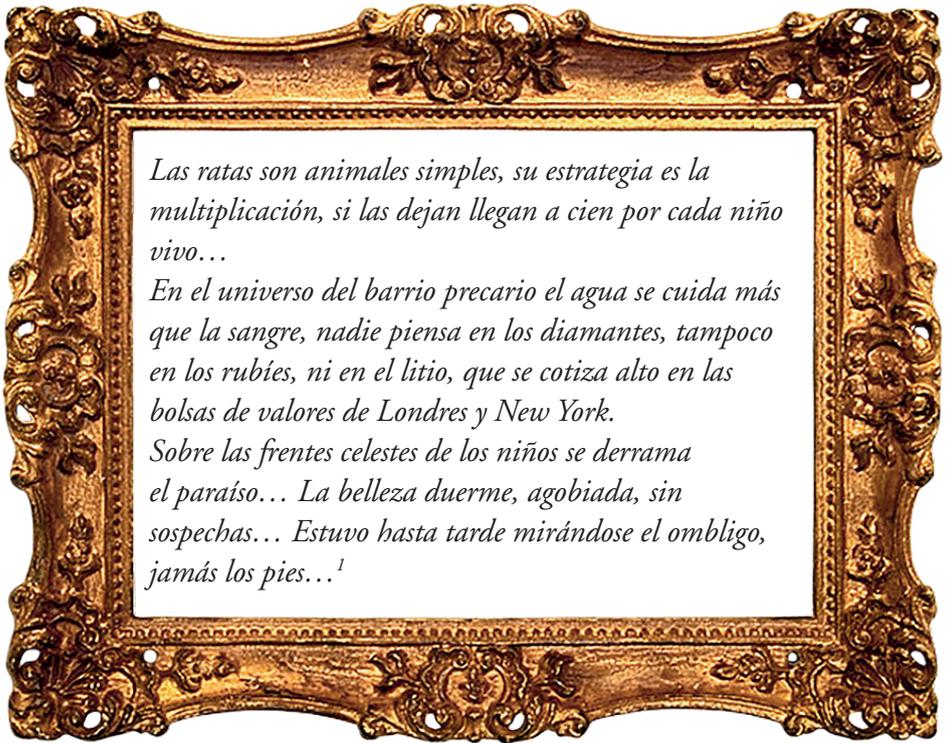
Vayamos al otro lado, el depresivo, ¡es incomparable!, con su lacerante seducción, pocos lo dicen así, exige que todos y todas estemos a su alrededor viéndolo sufrir. ¡Qué seductor! Los seres queridos, monigotes que se esmeran en decirle las palabras más amorosas, ¡cómo podes estar así! ¡Si me tenés a mí que tanto te quiero! Pero nunca le alcanza, el depresivo cambiaría todo en su vida incluido a vos porque la vida lo ha perjudicado, hay una afrenta en el fondo de la historia que no es negociable. El depresivo tiene una posición inalterable. Le daremos mucha medicación, o no, para que cambie los chips, los enganches sinápticos, los neurotransmisores, pero nunca le quitaremos esa cara de que no hay persona que pueda comprender lo, comprender la.



Uno, el maníaco, no tiene tiempo para comunicarse con vos; el otro, el depresivo, no siente que tus palabras sean auténticas y que puedan transformar algo de lo que ya está perdido. Uno y otro no se comprenden, en lo más mínimo pero lo desconcertante en que pasan de un estado al otro con una velocidad



indeterminable. La lógica y la física sólo están para los entes reales pero las energías del cerebro humano se han desquiciado en los comienzos de esta nueva época que comenzó ayer. No somos ingenuos y sabemos que nada nació ayer salvo lo que se fue construyendo en muchísimos años y que sólo alumbró tu cara, tu cuerpo... su cara, su cuerpo y se nos tiró encima, como recién nacido, para que lo acunemos.



1. Zito Lema, Vicente: La ciudad del malolvido en *Cantos oscuros, días crueles*, edit. La Cebra, Buenos Aires, 2019.

Así, así, así, así te quedarás

Están los que te responden que disfrutaban la abstinencia
Y después van a esconderse, y se frotan a conciencia
Son tiempos de mucho encierro, sin duda son tiempos feos
Por el miedo a contagiarte, te sacan hasta el deseoooo

(Rudy. *Amor y Virus*)

Hace más de un mes comenzó la cuarentena, hace cuatro meses comenzó el Covid 19. No voy a realizar el diario de viaje, la bitácora de nuestros confinamientos, voy a hablar de mi laburo. Por un lado una gran explosión retumbaba en todos lados, ataques hipocondríacos, rumores apocalípticos, ansiedades de todos los colores y de todas las edades pero el lugar, mi lugar, el lugar de los profesionales psi donde hablar de ello, los consultorios, resultaban imposibles de ser visitados.



Ahora nos comunicamos vía video conferencia. El psicólogo, psicoanalista, trabajador de la salud mental, que soy, que quiero ser o que he sido, prepara su computadora, chequea que la cámara funcione bien y se pone los auriculares micrófonos para escuchar y ser escuchado. Su trabajo ha cambiado en lo superficial pero en el fondo es el mismo, causar presencia, llamar a decir palabras que hablen del sí mismo aquí y ahora.



La realidad de los psicólog@s en épocas de coronavirus no ha sido todavía muy estudiada, aún, pero sí está siendo muy padecida. Los profesionales psi la estábamos pasando mal con la crisis económica de estos últimos cincuenta años en Argentina catapultada por los vendepatrias de los gobiernos de derecha (dictadura cívico-militar, diez años de Menen y la “tierra arrasada” del macrismo) pero estamos viviendo una situación que complica aún más el trabajo. El consultorio como presencia física deja de existir y sólo queda la figura del profesional psi y su deseo convertido en una voz, en una escucha, un deseo... y la urgente necesidad del manejo de cuestiones tecnológicas que por momentos nos abruma.



Las personas seguimos intentando afrontar la pregunta acerca de lo que nos causa, del amor que nos une mientras las economías parecen detenidas en la cornisa. Esta situación nos preocupa, y nos pone ante un dilema. Nosotros que volvemos todo juego, ficción, por ejemplo el archiconocido juego de las estatuas, todxs la hemos jugado alguna vez. Es la contradicción misma, la orden es detenerse pero al mismo tiempo llegar lo antes posible a la meta. En un momento no debemos movernos, en otros apurarnos. Si caíste con un pie así así así así así te quedarás. Si quedaste dando vueltas en la tómbola con angustias y sueños de infancia, así así así así te quedarás. Si te quedaste sin darle el beso que podría haber cambiado el final del juego, así así así así te quedarás.



En otro momento salir despedido al movimiento. Ahora es tiempo de estatua, cuesta mantenerse detenido, no soy así, no

soy así, así, así, así te quedarás, ansío el cambio, produzco el cambio. No quiero quedarme como me quedé, no quiero que te quedes como quedaste, no es tiempo de quejas, movamos la mirada, veamos a nuestro alrededor, muchos sufriendola, de diferentes maneras, unos con dolores punzantes a la altura de los ojos, otros crujen estómagos, rondando la locura siempre vestida como a uno le gusta. Pero estamos ahí, a la expectativa que se vuelva a mover la espera, a pesar de todo cómo podemos, ahí jugándonosla, jugádosela, jugádoselos.



La locura es social nos enseña desde hace décadas Vicente Zito Lema, es el gran aparato social que nos fagocita (nos quedemos quietos o no), cuando los pobres de toda pobreza, retumban por las paredes blancas y sudorosas, por todos lados, la salud mental explota en mil pedazos; me desespero, imágenes y voces me hablan, ¿debemos aceptar que muchos techos y muchas casuchas se volaron por los aires? Lo poco que construimos, está un poco tirado por ahí. Y que todavía no sea tiempo de volverlo a reconstruir, debemos esperar que las contradicciones nos dejen de agarrar el pescuezo por un rato y podamos nuevamente salir a la calle para nuevamente, una vez más, recuperarnos y reconstruirnos mejor de lo que éramos.



Pero sabiendo que esta nueva época será el primado de una nueva era la del *Homo Selfie*, que será habitado por un ser humano maníaco-depresivo, con esa oscilación contradictoria entre detenerse y salir despedido. Parecerá que no escucha mucho, sólo las órdenes y las miradas de los otros, no será buen tiempo para quienes creemos en el optimismo de la palabra.

Aunque no lo sea, no voy a creer en el argumento, que sobre llovido, mojado. No queremos que nos quiten argumentación, esto tiene una historia, no es un bichito o una historia que se pasa de listo, a pesar de no tener nuestros consultorios para guarecer a los pacientes, nosotros ahí estaremos para nombrar y nombrarte.



Los pacientes, detenidos e impacientes, impacientes y detenidos, extrañan el consultorio igual que nosotrxs. Pero el lugar, hoy está en la calle, bajo el lema cuidarte es cuidarme pero siempre en el intento de comprensión de la historia y no en la detención. Los consultorios son historias que debemos contar, a pesar de dar otros lugares que no son éstos en la nube dependiente de la electricidad, a pesar de que ese lugar no es sino otro, queremos comprender cómo quedó cada uno, en el sin espacio que nos separa y nos confina. Desarrollaremos las habilidades tecnocráticas que no estábamos acostumbrados.



La inventiva es lo nuestro, hoy todo se puede conversar porque los pacientes son comprensivos con nosotres igual que nosotros y nosotras hace años tratamos de acompañarlos por los meandros de la neurosis y la angustia, ellos entienden que ahora se trata de solidaridad con un profesional que más allá de lo que cobra, tiene en juego no sólo su destino económico sino la fiebre de una pasión que, al mirarlo de frente, quema e irradia deseo.

No seguir adelante con los injertos

Ansiedad de todos los colores, ansiedad hipocondríaca, de los que piensan que son inmortales, ansiedad de encierro de los que se piensan como ave libre, la ansiedad de los claustrofóbicos que se la pasan gritando desde los balcones, ansiedad de los agorafóbicos que deben estar felices entre cuatro paredes

(Rudy, *Conversaciones*)

El drama que estamos viviendo, olvidemos el Covid por un rato, ya se descubrirá cómo frenarlo, ¡esperemos pronto! pero seguirán las noticias viralizadas en tiempo real, el colapso mundial en vivo y en directo y el nacimiento del planeta homogeneizado en la palma de nuestros celulares injertados en nuestras manos. Las voces del pandemonio, ese alboroto, perfora nuestros oídos. Somos vulnerables a lo que hemos inventado, el monstruo de la viralización. Son los celulares y nosotros sus antenas. La conmoción, el estruendoso ruido de una propagación que ha empequeñecido nuestra tierra, llega a nuestra campanilla y nos explota en nuestra cara, ¿cómo sonará el estrepitoso ruido de este tiempo en nuestros pulmones, en el aire que respiramos?



La ansiedad es el hueso duro de roer. Llega hasta la paranoia y no sabe cómo detenerse frente al agujero donde caemos. Creíamos más importantes otras fichas del juego: al rey angustia, al saltarín caballo del equívoco del amor, a la desequilibrada dama de la justicia, a la torre del egoísmo del capitalismo, a los

peones de la mala distribución de la riqueza, ¿cómo darle importancia a la ansiedad del pandemio con tantos otros jugadores? No sabemos cómo terminará la partida, está resultando atrapante, demasiado atrapante dirán muchos, no podemos salir ni a la puerta.



Algunxs vociferan que se viene un gran replanteo del neoliberalismo, sostienen, con datos y verdad, lo que llevó a este desquicio y que, finalmente, cuando las papas queman viene el estado para intentar llevar algo de calma. Dejar todo en manos privadas que sólo quieren volverse más ricos y poderosos es tener asegurado que cuando vengan los problemas llamarán al señor hipocondría y a la señora ansiedad para que nos sigan además de matando, aterrorizando.



Cada cual quedó en esta cuarentena detenido en donde estaba y con quienes estaban, no es tan así, cada cual quedó detenido con la velocidad de wifi que había comprado y con los aparatos electrónicos que tuviera, un celular viejo, con poca memoria, ¡una compu que tendría que haber cambiado!, y sin cámara, un televisor no demasiado inteligente. El exceso de comida nos lleva a la ansiedad oral. La ansiedad de la información, nos lleva a la necesidad del exceso de noticias.



Cuando alguien profetiza que ya saldremos, mira para el lado de la puerta y percibe que está para siempre cerrada, un límite que nos aísla del mundo, debemos quedarnos adentro,

porque mientras tengamos electricidad el planeta estará siempre abierto, sin puertas sólo claves y patrones, identidades virtuales y miradas que nos puntúan. Cuando termine la cuarentena saldremos despedidos, pero no habrá tierra, tampoco mucho trabajo, se acusará a la pandemia pero la crisis del trabajo en el mundo ya se veía venir.



Y a pesar de la fragilidad, de la ansiedad, de las comunicaciones virtuales, de la extrema dependencia a la electricidad, a pesar de que no podés salir más allá de la puerta, que si no tenés internet te echas a llorar a los cinco minutos, el ser humano está entramado por su rebeldía y sus utopías que lo llevaron por buenos y malos caminos, se niega a aceptar esto que alguna vez firmó, los usos y costumbres, se rebela, no quiere perder la tierra, prefiere tirar el planeta que tiene entre manos.



Todo muy sobrecargado, siente y piensa. No sólo el exceso en nuestro cuerpo, aunque estemos digitalizados en la nube, desafiamos al sistema y dejaremos al celular encerrado, el tiempo analógico existe en la negación de vivir en las redes. No seguir adelante con los injertos de los celulares en las manos, las orejas, no quiero el tatuaje de la serie interminable que me dejará ciego. Hoy nos hemos cansado, hemos visto de frente la cara del *Homo Selfie*. La viralización es el implante que nos lleva puestos. Ante las órdenes y las miradas de los otros, creemos en el tiempo del optimismo, de la palabra que logra pensarse en nuestras vidas.

Mano a mano (Charla final con el Covid)

HOMBRE VIEJO al Covid:

Te hiciste famoso en pocos meses, ayer hasta le pusieron tu nombre a un recién nacido. ¡Siempre estás volviendo! Hace cien años viniste en plena guerra mundial, y nos ayudaste, los combatientes se apuraban para salir al campo de batalla porque era mejor morir de una bala que de tus garras.

HOMBRE JOVEN al Covid:

Hace quince años volviste transfigurado, te volviste cibernético y aparecías para destrozarnos las computadoras y teníamos que llenarnos de antivirus. Y no tuviste mejor idea que propagarte en las redes, todo lo importante se empezó a llamar viralización. No te importaba la verdad o la mentira, las *fake news* elegían hasta los presidentes en todos los países y calumniabas a gente proba y honesta hasta destrozarnos.

COVID a los dos:

No quiero ser muy desagradable pero me importa un carajo lo que digan, cada vez que vuelvo me dicen que vuelvo más poderoso. No es así, estamos acá para una reunión, el pandemonio, ninguno de nosotros sabe bien qué hace el otro pero nos convocaron, no sé qué carta del destino venimos a jugar pero estamos en los palacios del infierno, en esta tierra, para debatir. El tema que todos juntos hacemos mucho ruido, un bullicio insoponible. Todos quieren hablar y hablan, nadie entiende nada pero quizás después de todo sea una buena función. Generamos

caos... pero nada que ver con venir a joderlos a ustedes, aunque a veces me dan ganas.

HOMBRE VIEJO al Covid:

No te querés responsabilizar de nada, hoy volviste más poderoso y entonces es fácil decir que te importa un rábano toda la historia, porque sos las dos cosas: una viralización en las pantallas que nos tiene atrapados, y un virus que nos deja un montón de cuerpos que no podemos acompañar a la tumba. ¿A quién representas, qué intereses tenés?

COVID al hombre viejo:

Parece una entrevista, me tratás como si no me conocieras, vos también me tenés miedo, estás como dicen dentro de la población de riesgo, no podés salir de tu casa, y por suerte tenés casa, porque a otros es más fácil agarrarlos pero no creas que estoy interesado en seres humanos, ellos se ponen delante nuestro y los atravesamos... pero nosotros estamos acá para otra cosa. No nos gusta que nos utilicen. Nos da bronca que nos utilicen, no lo podemos entender. Llegamos y aprovechan para acusarnos de que tiramos la economía a la mierda cuando igual se iba a caer a la mierda y nosotros ¿qué tenemos que ver? ¿Nos van a decir que nosotros creamos el sistema económico en el cual viven?

HOMBRE JOVEN:

No me importa tanto el sistema en que vivimos, me importo yo, y me hiciste trizas, ¿sabés los problemas que me trae no poder salir a la calle? Ahora nos dicen que tenemos que hacer *sexting* por pantallas, o masturbarnos, o tener sexo con la persona que esté en nuestra habitación-celda. Espero que nunca te pase, no le deseo esto a nadie. Me había recién separado, justo, a los días no me pude mover más, nadie me avisó (el Covid se sonríe) No es para risa, no me separé, me dejó.

Además de no poder tocarla más, besarla, no puedo salir a la calle para llorar mi infortunio.

COVID al hombre joven:

También somos bichos solitarios, así que puedo comprender... pero es cierto que nosotros nos podemos mover, demasiado, salimos disparados para todos lados y hablamos hasta por los codos, es difícil comprendernos en tanto bullicio.

HOMBRE VIEJO al Covid:

Pero ¿por qué sos vos uno de los demonios? No los pensamos así a esta altura de la civilización. Tan insignificantes pero tan mortíferos, tan indistinguibles para nuestro sistema inmunitario pero al mismo tiempo tan inexpugnables. (Al joven) Y vos no pienses tanto en vos, ya te reencontrarás cuando salgas, esto no puede ser eterno.

COVID a la pantalla:

¿Qué esperaban? Ahora todo tiene que ser espectacular como en sus maratónicas series que nunca terminan. No tengo que ver con el capitalismo, no tengo nada que ver, pero estoy acá y éste el mundo que está hoy, entonces soy el virus del capitalismo, entro por las pantallas y por los pulmones. En esta sociedad supertecnologizada soy lo único biológico que les queda. Salgo de las entrañas de un murciélago. Descartan a los animales, matan una y otra vez, en las ferias, en los mataderos, para comerlos, para decorar y porque todo son ustedes. Han destrozado la naturaleza... es nuestra naturaleza dirán, siempre tan listos.

HOMBRE JOVEN al hombre viejo:

No quiero que te burles. Además de mi angustia, nos han puestos a todos en fila tomando distancia. Aprovechan para marcar distancia entre unos y otros, cuando lo que más necesito

es conocer a alguien, escuchaste eso de que un clavo saca a otro clavo, sé que algunos hombres no sabemos hacer duelos y rápido queremos tirarnos a las faldas de otra mujer, eso es lo que quiero y no puedo. Me hace acordar a la dictadura militar, en la escuela nos ponían a tomar distancia, era la distancia de un brazo, ahora nos piden que estemos a no menos de un metro o sea a más de un metro del otro. Y tampoco puedo rozar la estela que dejó, su huella, no quedamos mano a mano, no la puedo llamar, me cerró la puerta, y ahora encima cualquiera que pase me recuerda a ella pero estos malditos, no me puedo acercar, y encima se quedan no se cuánto tiempo volando, vigilando por ahí.

COVID a la pantalla:

¡Somos artistas ahora! ¿Nos quedamos danzando en el aire, o contorsionistas nos pegamos a las suelas del zapato, o patinamos por los pasamanos de las camas de los hospitales, o dejamos pintada nuestra cara en los picaportes de las puertas? ¿Somos dioses acaso? ¡Y nos tratan como virus rudimentarios! Nos tratan de perseguir disparando balas a la nada, para intentar bajarnos. Hasta un presidente, de una potencia, le pide a la gente que tome lavandina para borrarlos del planeta.

HOMBRE JOVEN al Covid:

Lo único que falta es que te escuchemos quejarte. Ahora resulta que es un accidente que estés acá y que tu misión no es cagarnos la vida. Pronto se cumple la cuarentena, ¡los cuarenta días!, sabés lo que son cuarenta día sin ver amigos, no poder intentar hablar con alguna mujer, tener los brazos atados, y un estado que hoy nos obliga a cuidarnos y a no salir a la calle. ¿Cómo hacer para exorcizar a los demonios?, ¿cómo hacer para exorcizarte?

HOMBRE VIEJO a la pantalla:

Yo tuve un maestro en la vida, él me enseñó que todo miedo al

contagio es miedo a la locura y la muerte. Se trata de un miedo infantil, pesadillesco, el terror a quedar atrapado. (Al Covid) No podés venir a esta reunión, a esta tierra, a generar caos. Si partimos del caos e hicimos la cultura para vincularnos a la realidad, vos no podés más que venir sino a perseguirnos. Yo veo abrir mis últimas puertas, yo abro mis últimas puertas y no te quiero encontrar a vos al final tomando maté y hablándome de algún tango. Prefiero verte de frente, como ahora, sin sorpresas.

COVID al hombre viejo:

Lo estás diciendo, si partieron del caos, ¿por qué no volver a él? Si la razón es el gran sueño de la humanidad, siempre la locura y el temor los perseguirán. La muerte es la locura que el ser humano no puede concebir. Decía tu maestro: “Es el terror a la contaminación que surge del hecho de que todo conocimiento se hace por identificación”¹. Eso es empatía y te lo agradezco, quizás es una de las cosas que envidiamos de ustedes.

HOMBRE JOVEN al Covid:

¡Qué empatía vamos a tener con vos! El terror nos avasalla, no sé cómo mantenerme en esta sórdida habitación sin luz. Ella, antes de irse, y quizás ahora que lo pienso, algo sabía de lo que iba a pasar, me decía que había que mudarse porque el pandemio además de escucharse, ahí falta de luz y el cielo.

COVID a la pantalla:

Siempre dijeron que nosotros no podíamos reunirnos, que éramos inferiores. Los seres humanos consideran a otros como inferiores, ustedes sí pueden reunirse y decretar tirar una bomba nuclear o mandar 300 000 personas a la guerra y a la muerte en Stalingrado, la peor batalla que existió. Sin embargo nosotros

1. Pichón Riviere, Enrique; Quioga, Ana: “Caos y creación” en *Psicología de la vida cotidiana*, editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1985.

no podemos hacer nada, ya nos están desnudando buscando, descifrando los códigos genéticos, ustedes y su maldita ciencia, diciéndonos que apenas somos arn que con eso nos dicen que ni siquiera tenemos información constante, que no tenemos el cerebro que nos permita permanecer iguales a nosotros mismos, pero no se dan cuenta que nuestra inteligencia es mutar. Sus malditas ubicación en tiempo real y algoritmos no tienen la posibilidad de hallarnos, ya están creando los anticuerpos pero cuando lo logren, ustedes no quedarán igual. (Pensativo) Se darán cuenta de que dejan abierta la puerta de los geriátricos porque quieren que los viejos mueran porque ustedes tienen el mandato de permanecer, hasta el último segundo de vida, hasta el último soplo de vida, no se animan a darle final hasta que dejen de respirar, hasta la última inspiración. Entonces entramos nosotros. Los apuramos... a los viejos, a los que tienen enfermedades previas, a los que vienen demostrando que quieren conocernos; acá estamos. Para los desprevenidos, acá estamos, para los viejos, para los que quieran, por ellos sentimos un especial cariño. (Al Hombre viejo y al hombre joven) Y sigan con los debates acerca de cuántos son los contagiados, curados, fallecidos, por países y por zonas, ¡cuánta mentira hay en todo lo humano! La política no la han entendido sino como la forma de sacar ventajas del otro. Bueno este virus no hace diferencias sociales, hay cuerpos más guerreros y hay otros más inocentes y frágiles, nosotros vemos los cuerpos. No nos interesa cómo están vestidos.

HOMBRE JOVEN al Covid:

Pero hacés diferencias, a algunos les causas grandes síntomas, hasta el síntoma mayor, la muerte y a otros los dejás asintomáticos, ¿eso no es una gran diferencia? ¡Qué hay cuerpos y cuerpos!, ¿qué clase de cuerpo tengo yo? Me ofrezco, ya que no me dejaste mucha diversión ni demasiado qué hacer con mi cuerpo. ¡Qué pruebas!, que me hagas probar qué clase de cuerpo tengo, porque

las ganas de llorar y la desesperación y la ansiedad, al menos sabré algo sobre la muerte y no sólo del dolor que siento.

COVID al hombre joven:

No te creas peor o mejor que el resto, por tu edad ¿son los inexpugnables? Los que creen que han ganado la vida eterna, esos caen por la brisa de una pequeña estela, no creas que es fácil saber lo que se siente cuando no se puede respirar. ¿Qué es lo que quieren saber los seres humanos?

HOMBRE VIEJO al Covid:

¿Qué nos interesa? Siempre lo que nos conviene, el ser humano es el animal que lo tirés como lo tirés siempre cae de pie. Su inteligencia lo lleva a cambiar el lugar donde vive según le convenga.

HOMBRE JOVEN al Covid:

Pero no sigamos con tanta queja antropológica y danos fechas porque pronto se cumple la cuarentena en la Argentina. No quiero incertidumbres. ¿Cuándo podremos ser como antes, salir a tirarnos al parque a tomar mate y hacer el amor en las arenas del mar?

COVID a la pantalla:

Siempre tan melancólico ahora se acuerdan de lo que tenían. Siempre la melancolía. No sé si es Argentina pero por acá siempre están cantando lo que perdieron.

HOMBRE VIEJO a la pantalla:

Sos un virus surrealista, te descompones, te fragmentas, temo quedar atrapado en tus garras, el universo caótico de la locura siempre me atrajo. Siempre puse el cuerpo, así lo tengo... llenos de balas que aún duelen y de exilios de los que aún no vuelvo, siento empatía. Si sólo es posible una distancia óptima, y la

ansiedad es demasiado grande, comienzo a acercarme a vos, no quiero morir sintiendo miedo, a ningún perseguidor, siempre me negué a eso.

COVID al hombre viejo y al hombre joven:

Otra vez estoy ante la decisión de elegir, dos hombres de diferentes edades se entregan, por diferentes motivos, yo no tengo mayor interés pero es mi naturaleza, ya saben que yo estaba antes de que ustedes me dieran permiso para declararles que están respirando cada vez peor y que este quizás sea su último sueño.

Acerca del autor



Martín Smud

martinhsmud@gmail.com

Libros

- *Homo Selfie*, 2019, Con la participación de Marcelo Rudaeff (Rudy), edit. Letra Viva
- *Querido Vicente Zito Lema*, 2019, edit. Letra Viva
- *Generación Play*, 2015, edit. Letra Viva.
- *El Dios químico como fin de la psiquiatría*, 2013, edit. Letra Viva/Episteme.
- *Espero que no lo leas*, 2009, prosa poética, edit. Letra Viva/Episteme
- *Tiempo de atención. Que hacer en el tiempo del recién recibido*, 2007, edit. Letra Viva/Episteme
- *Era ella*, 2005, novela, edit. Letra Viva.
- *Lengua de Mujer. Historia condicionada del goce sexual*. 2003, edit. Letra Viva
- *Sobre duelos, enlutados y duelistas* con Eduardo Bernasconi, 2001, edit. Lumen

- *En guardia. Crónica de una residencia en salud mental*, 2000, edit. Letra Viva.
- *¿Dónde fueron a parar las escobas voladoras de las brujas?*, 1998, edit. La Campana.

Docencia universitaria

- Docente desde 1994, materia “Metodología de la investigación psicológica”. Titular profesor Juan Samaja hasta 2006 y titular profesora Roxana Ynoub. Facultad de psicología. Universidad de Buenos Aires.
- Docente desde 2010, materia “Ética, psicología y derechos humanos”. Titular Juan Jorge Michel Fariña. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires.
- Docente desde 2013, materia “Música y Artes Plásticas en Latinoamérica” del ciclo de complementación de Licenciatura en Historia. Profesor titular Vicente Zito Lema. Universidad de Avellaneda.

Práctica profesional

- Coordinador de *Episteme* un espacio de clínica, investigación y cultura.
- Psicólogo, psicoanalista, trabajador de la salud mental.

